

Convivialidad en ciudades latinoamericanas*

Ramiro Segura

Introducción. En busca de la convivialidad en las ciudades latinoamericanas

Este artículo consiste en un ensayo bibliográfico acerca de los modos en que la investigación reciente en “antropología urbana”¹ ha analizado las formas de vivir juntos en ciudades latinoamericanas contemporáneas. En este sentido, el artículo se pregunta por las formas en que la investigación abordó lo que, retomando la propuesta de Gilroy (2004) para las ciudades británicas, se denomina “convivialidad” (*conviviality*) y que siguiendo el programa de investigación delineado por *The Maria Sibylla Merian Centre Latin America* (2017) remite a la pregunta acerca de cómo las interacciones cotidianas constituyen contextos de negociación y resignificación tanto de posiciones sociales como de identificaciones culturales, al estudiar

* <https://doi.org/10.54871/cl5c109a>

¹ Las comillas se deben a que las fronteras disciplinares entre antropología y sociología en el caso de América Latina son más lábiles y fluidas que lo que sucede en otras latitudes, por lo que para este artículo se incluyeron trabajos de autores y autoras que no necesariamente se adscriben a la antropología.

formas de vivir juntos en contextos caracterizados por profundas desigualdades así como también por persistentes tensiones interculturales, interreligiosas, interétnicas y/o de género.

Vale aclarar desde el inicio que “convivialidad” en este trabajo funciona como una *categoría descriptiva* que busca objetivar, describir y conocer los modos efectivos y situados en que se dan las interacciones, negociaciones y conflictos en contextos heterogéneos y desiguales y, por lo mismo, se diferencia de ciertos *horizontes normativos* presentes en otros usos de la categoría, como es el *Manifiesto Convivialista* (2014). Este manifiesto no solo contiene principios normativos para la evaluación crítica del orden social y político contemporáneo sino que también propugna por un modo de organizar la convivialidad basado en el presupuesto teórico de una tendencia básica hacia la cooperación humana, posible de rastrear incluso en diversas prácticas contemporáneas en las que no predominan el utilitarismo y la racionalidad instrumental. En efecto, como señala Frank Adloff (2018), el *Manifiesto Convivialista* va más allá de los usos previos del término “convivialidad” al convertirlo en un “ismo”: convivialismo.² Su enfoque es, por lo tanto, dual: una idea política (convivialismo) que establece un horizonte normativo y una praxis vivida (convivialidad) que se despliega en diversos campos de la vida social y que debe ser potenciada con miras a desarrollar otras formas de la coexistencia.

Antes que postular un horizonte normativo, pero reteniendo la idea de “interdependencia” que constituye el foco del subtítulo del

² De acuerdo con Frank Adloff (2018), además del trabajo pionero de Iván Illich (1973) *Tools for Conviviality*, las raíces de este manifiesto escrito y firmado por un conjunto de reconocidos intelectuales principalmente franceses se encuentran en las “teorías del decrecimiento económico” de Serge Latouche que cuestionan la idea de crecimiento económico y el concepto de *homo economicus* y abonan por una redefinición de la riqueza, en tanto no existiría una correlación positiva clara entre prosperidad económica y felicidad, así como en el “paradigma del don” y la crítica al utilitarismo formulada inicialmente por Marcel Mauss y desarrollada en las últimas décadas por Alain Caillé y otros intelectuales nucleados en M.A.U.S.S. (Mouvement Anti-Utilitariste dans les Sciences Sociales).

manifiesto (“una declaración de interdependencia”, la cual críticamente alude la declaración de la independencia norteamericana), en este ensayo bibliográfico nos interesa caracterizar las efectivas formas de estar juntos en ciudades latinoamericanas. Para esto, el trabajo abreva en el relevamiento de investigaciones socio-antropológicas en ciudades latinoamericanas en las últimas dos décadas, abarcado trabajos en temas diversos como segregación, migraciones, usos del espacio público, centros comerciales, conflictos urbanos, prácticas juveniles, cartoneros y niños de la calle, entre otros. Por supuesto, el artículo no pretende ser exhaustivo respecto de las ciudades abordadas ni de los campos de investigación tratados, cada uno de los cuales no solo cuenta con marcos conceptuales y debates específicos, sino que también su relevancia varía dependiendo de las distintas realidades, tradiciones y agendas de investigación. Se trata, en cambio, de una lectura selectiva y direccionada hacia aquellas investigaciones en antropología urbana que, de manera directa o indirecta, puedan arrojar indicios acerca de las formas de la convivialidad en ciudades latinoamericanas, incluso cuando la convivialidad no constituya uno de sus conceptos centrales.

En este sentido, se torna necesaria una triple advertencia para explicitar la conformación del corpus en que se basa el presente ensayo bibliográfico. En primer lugar, se priorizaron investigaciones que despliegan una *perspectiva urbana* (Peixoto y Gorelik 2016), es decir, que no solo se desarrollan en una ciudad sino que también permiten una lectura de las dinámicas sociales, culturales y espaciales de las ciudades latinoamericanas en las últimas décadas. En segundo lugar, se seleccionaron investigaciones que en el análisis de las dinámicas urbanas arrojen luz, de modo directo o indirecto, sobre las *formas de convivialidad* en las ciudades latinoamericanas, es decir, que interroguen los modos en que se relacionan actores y grupos desiguales y diversos en el espacio urbano. En tercer lugar, interesó de manera particular aquellas investigaciones que fueron construidas prestando atención a las *categorías nativas* que expresan de modo particular y situado estas formas de convivialidad en ciudades

latinoamericanas. No se trata, entonces, de reconstruir cada uno de los diversos campos y los temas de investigación urbana ni tampoco de caracterizar las dinámicas de cada una de las ciudades tratadas, sino de ejercitar un “lectura transversal” de los mismos, buscando entender los modos en que la convivialidad se despliega, experimenta y lo que significa en contextos urbanos latinoamericanos a partir de investigaciones que no tienen a este concepto como centro de su indagación.

No desconocemos, sin embargo, que hablar de “ciudad latinoamericana” tiene sus inconvenientes. En efecto, la restringida “geografía de la teoría” (Robinson 2011) dominante en los estudios urbanos, basados casi exclusivamente en las experiencias y las historias de las ciudades occidentales, conduce a la conclusión de que las ciudades de otras latitudes pertenecen a una categoría diferente de ciudad. El cuadro resultante de esta operación que contrapone ciudades occidentales (asociadas a lo global y a lo moderno) con ciudades dependientes (asociadas al subdesarrollo y los problemas sociales y urbanos) no solo define a “la ciudad latinoamericana” por su distancia respecto a los parámetros occidentales, sino que también desconoce la heterogeneidad urbana del continente y las convergencias con desarrollos urbanos de otras latitudes. Por esto, hablaremos aquí de ciudades latinoamericanas “en plural”.

Al mismo tiempo, tendremos presente que –como argumentó Adrián Gorelik (2005)– “ciudad latinoamericana” constituye una “categoría del pensamiento social” que puede ser estudiada siguiendo sus itinerarios conceptuales e ideológicos así como sus funciones políticas e institucionales en cada coyuntura en la región. Se trata, en fin, de una “construcción cultural” que existió en la medida en que hubo voluntad intelectual para construirla como objeto de conocimiento y acción, teorías para pensarla y actores e instituciones dispuestos a tornar efectiva esa vocación. En este sentido, para Gorelik es entre las décadas de 1950 a 1970 que se construye y consolida esta categoría en el campo de la sociología y la planificación latinoamericanas, en el ciclo que dialécticamente va de los proyectos

de modernización del continente a la crítica de estos ideales desde la teoría de la dependencia. En cambio, mientras hasta 1940 la vastísima reflexión ensayística sobre la ciudad en el continente se insertaba en los respectivos y específicos contextos nacionales, después de 1980, con el giro cultural de la agenda urbana y el predominio de investigaciones desde la crítica literaria, la historia cultural y la antropología, la categoría perdió productividad teórica. Desde entonces la categoría se encuentra atravesada por una ambivalencia paralizante: entre la imagen de las grandes metrópolis y sus problemas urgentes y el desarrollo de investigaciones en ciudades específicas que abonan por la imposibilidad o la esterilidad de las comparaciones y de las generalizaciones (Gorelik 2005: 111-114).

En los últimos años, sin embargo, nutriéndose de los avances realizados en las investigaciones previas y evitando a la vez caer en las generalizaciones excesivas que fueron objeto de crítica, distintos proyectos colectivos han buscado recuperar la dimensión latinoamericana del diálogo urbano así como la actitud comparativa entre ciudades y procesos urbanos en el continente (Gorelik y Peixoto 2016; Freire- Medeiros y O'Donnell 2018). Este artículo busca abonar en esta dirección, al salir de la ambivalencia paralizante rehuyendo al estereotipo y, a la vez, instaurar una mirada regional sobre los procesos de convivialidad en las ciudades latinoamericanas contemporáneas.

En lo que sigue, este artículo se organiza en cuatro grandes secciones. En primer lugar, aborda la tensión entre las tendencias dominantes hacia la fragmentación socio-espacial de las ciudades latinoamericanas y la necesaria interconexión e interdependencia entre sectores y actores distanciados y separados por estos procesos. En segundo lugar, desarrolla la noción de “orden urbano” como clave de inteligibilidad de los modos en que las ciudades organizan socio-espacialmente la desigualdad y la diferencia. En tercer lugar, a partir del análisis antropológico de prácticas sociales, construye cinco escenarios en los que se despliegan formas específicas de convivialidad urbana. Por último, en las reflexiones finales, destaca claves

analíticas comunes a estos contextos y propone pensar la convivencia urbana como una dimensión fundamental del proceso abierto –y necesariamente inacabado– de “hacer ciudad”.

Ciudad dividida, ciudad conectada

Antes que novedad, la desigualdad social y la heterogeneidad cultural constituyen características persistentes de la larga historia de la urbanización en América Latina, desigualdades y diferencias que, a la vez, fueron modeladas y adquirieron su configuración contemporánea en el mismo proceso de urbanización. En efecto, como Ángel Rama mostró hace tiempo en *La ciudad letrada* (1984), desde inicios del período colonial la ciudad fue en América Latina el artefacto cultural para instaurar y consolidar un orden jerárquico, desigual y racializado, en un ciclo que va de la reforma de Tenochtitlán inmediatamente después de la conquista de México hasta la fundación de Brasilia como la nueva y moderna capital de Brasil en 1960.³ Este proceso se caracterizó por la constante tensión entre la “ciudad letrada” –blanca, escrita, ordenada, fija y jerárquica– y la “ciudad real” –heterogénea, desigual, cambiante, inestable– que se presupone expresaba el plan contenido y prestablecido por la ciudad letrada. Esta tensión omnipresente en todo el ciclo de expansión urbana fue sintetizada por José Luis Romero [1976] (2008) en *Latinoamérica, las ciudades y las ideas* como el contrapunto entre representaciones

³ Esta búsqueda por instaurar un orden social a través de la ciudad no termina con el ciclo modernista. Por el contrario, proyectos más excluyentes – generalmente comandados por el mercado – se han implementado en las últimas décadas, desde la impactante expansión suburbana de “enclaves fortificados” (Caldeira 2001) en todas las ciudades del continente hasta la producción de ciudades- simulacro como Cancún. La ciudad más joven de México fue pensada como un producto de consumo global antes que como un espacio de habitación cotidiano y, por lo mismo, desde su diseño se previó que los turistas fueran transportados desde el aeropuerto hasta sus lujosos hoteles ubicados frente al mar, sin tener que transitar por el área habitacional alejado del mar, donde vivirían quienes trabajan en la industria turística (Fragoso Lugo 2017).

y realidades, entre diseño programático y lo que habitualmente fue interpretado como su “fracaso”. Es precisamente en este hiato entre el orden (ideal) y la realidad (material) de las ciudades latinoamericanas que emergieron las diferentes “arenas culturales” (Morse [1982] 2005) de producción cultural urbana, así como las “fronteras culturales” (Romero 2008) producto del encuentro conflictivo entre multiplicidad de agentes sociales desiguales y diferentes en el espacio público urbano de las ciudades latinoamericanas (Gorelik 2004). Las ciudades latinoamericanas contemporáneas, entonces, antes que expresión de una radical ruptura con el pasado, deben entenderse –sin perder de vista las discontinuidades– como producto de la sedimentación de estas dinámicas de larga duración, sustrato sobre el cual se sobreimpusieron las transformaciones de las últimas décadas.

Respecto a las transformaciones recientes, la investigación social ha llamado la atención acerca de los procesos de segregación (Sabatini et al., 2001; Rodríguez y Arriagada, 2004), fragmentación (Prévot-Schapira, 2001; Janoschka 2002) y/o división espacial (Schteingart, 2001; Duhau, 2013) de las ciudades latinoamericanas contemporáneas. Más allá de sus diferencias, matices y debates (Cuenya 2018; Kozak 2018), la proliferación de estos conceptos busca dar cuenta de los efectos drásticos de las crecientes desigualdades en las ciudades de la región durante el ciclo neoliberal.⁴ Sintéticamente podemos decir que tales transformaciones, motorizadas por la expansión de nuevas formas urbanas como autopistas, complejos habitacionales vigilados para clases medias y altas en la periferia, distribución de hipermercados, *malls* y centros de entretenimiento en la totalidad del espacio urbano, suburbanización de

⁴ No se desconoce que, especialmente durante la primera década del siglo XXI, numerosos países de la región pasaron por ciclos políticos “posneoliberales” (muchas veces englobados bajo la etiqueta de “populismos”) que implementaron políticas que efectivamente redujeron (de manera moderada) la desigualdad de ingresos (López-Calva y Lustig, 2011). Sin embargo, estas políticas no intervinieron en la regulación de los usos del suelo y, por lo tanto, no modificaron el patrón de urbanización dominante, comandado por el mercado y tendiente a la fragmentación socio-espacial (Segura, 2017, 2018 a).

la producción industrial y creciente aislamiento de los barrios de clase baja en un contexto de liberalización del uso del suelo, supusieron el desdibujamiento del modelo centro-periferia consolidado en el ciclo expansivo de las ciudades latinoamericanas (1930-1970) por un entramado urbano expandido, difuso, discontinuo y de dimensión regional.

Ante este escenario, para una parte importante de la producción académica contemporánea, la noción de “fragmentación” remite a un principio novedoso de estructuración urbana y social de las ciudades latinoamericanas (Prévot-Schapira, 2001; Janoschka, 2002; Borsdorf, 2003; Prévot-Schapira y Cattaneo, 2008; Mattos 2010; Saraví, 2015) diferente a la “segregación” predominante en gran parte del siglo XX, señalando un desplazamiento legible en la modificación de la forma de las ciudades, la reducción de la escala de la segregación y la proliferación de cercos, rejas y dispositivos de vigilancia en un contexto de incremento de las desigualdades y de consolidación de la inseguridad y la violencia urbanas como problema de primer orden. En este sentido, en su trabajo emblemático sobre los enclaves fortificados en São Paulo, la antropóloga Teresa Caldeira (2001) identificó “tres patrones de segregación espacial”: (1) la ciudad concentrada y heterogénea de inicios de la industrialización (1890-1940), caracterizada por la ausencia de separación espacial de funciones urbanas y por la proximidad entre sectores sociales; (2) la ciudad dispersa (1940-1970) del período industrial y desarrollista, donde los sectores sociales vivían separados por grandes distancias en una típica disposición de centro rico y periferia pobre; y (3) una serie de procesos desarrollados a partir de las décadas de 1980 y 1990 que se superimprimieron a la configuración tipo centro y periferia, como el abandono del centro por parte de algunas fracciones de los sectores altos y medios, que se tradujo en una mayor proximidad espacial entre clases, pero separadas por barreras físicas y sistemas de control. Se trata, en efecto, de cambiantes ecuaciones entre distancias (y proximidades) físicas y sociales, emergiendo las ciudades

latinoamericanas contemporáneas como escenarios que tendencialmente⁵ establecen como condiciones para la interacción social la combinación de proximidad espacial y distancia social, tornando relevante analizar esos “contextos de convivialidad” (Mecila, 2017) que la propia estructura urbana genera.

De esta manera, si bien conceptos como segregación y fragmentación habitualmente ponen el acento en la separación y/o distanciamiento entre grupos sociales desiguales, minimizando las dimensiones relacionales de la vida urbana, veremos que incluso la investigación socio-antropológica sobre “urbanizaciones privadas” (Svampa, 2001, 2004) y “enclaves fortificados” (Caldeira, 2001) resaltó su cualidad de espacios privilegiados para pensar las interacciones entre actores desiguales. Asimismo, más allá de estas locaciones específicas, crecientemente la investigación sobre las ciudades latinoamericanas viene señalando en los últimos años que procesos como la segregación y la fragmentación remiten no solo a la separación y distancia entre grupos sociales en la ciudad sino también a los modos en que se establecen y se experimentan los lazos sociales en la ciudad contemporánea (Bayón y Saraví, 2013; Jirón y Mansilla, 2013; Segura, 2018 b).

En esta dirección, en un trabajo sintomáticamente titulado “Entre el *morro* y el *asfalto*” –categorías nativas de Río de Janeiro que remiten no solo a espacios físicos sino fundamentalmente a condiciones urbanas, sociales y morales antagónicas, aunque conectadas (“entre”)–, sus autores señalan que:

⁵ Decimos tendencialmente por dos motivos que serán desarrollados con mayor detenimiento en las páginas que siguen. Por un lado, porque si bien la reducción de la escala de la segregación y la proliferación de muros constituyen tendencias dominantes en las ciudades de todo el continente, cada ciudad tiene configuraciones espaciales diferentes que históricamente han regulado las distancias y las proximidades entre clases y grupos sociales, sobre las que operaron en las últimas décadas la reducción de escala y la proliferación de muros. Por otro lado, porque como veremos más adelante en una misma ciudad existe una diversidad de espacios y de contextos de interacción, en cada uno de los cuales están involucradas distintas distancias (y proximidades) físicas y sociales.

la fragmentación no implica la separación de los diferentes espacios urbanos y la absoluta exclusión recíproca de los grupos sociales que los ocupan y los usan. Aunque “fracturada” en términos de desigual distribución de cualidades objetivas y subjetivas de la vida urbana, las ciudades latinoamericanas están altamente integradas; ciudades divididas que son sin embargo ciudades, en el sentido que la ciudad implica la concentración y aglomeración física y socio- espacial de funciones y relaciones sociales, aunque en términos desiguales (Glebbeek y Koonings, 2016: 3; traducción propia).

El desafío consiste, entonces, en mantener esta tensión entre un conjunto de procesos socio-espaciales que dividen las ciudades (ya sea que lo definamos como segregación, fragmentación u otro concepto) y las relaciones e interacciones sociales interdependientes que se despliegan en distintos “contextos de convivialidad” de este escenario fracturado y, a la vez, conectado, pudiendo dichas interacciones y negociaciones cotidianas en la ciudad operar en la producción, mantenimiento e/o impugnación de las condiciones desiguales en las que se despliegan.

Orden urbano: regulaciones sociales en el uso de la ciudad

La ciudad no solo contiene “contextos de convivialidad” específicos – barrios, instituciones, plazas, centros comerciales, incluso esquinas – sino que puede ser pensada como un “contexto de convivialidad”, espacio social en el que viven juntos actores y grupos sociales diferentes y desiguales. En este sentido, a partir de su investigación en la Ciudad de México, Emilio Duhau y Ángela Giglia (2004) sostuvieron que en toda ciudad existe lo que denominaron *orden urbano*, entendido como:

un conjunto de normas y reglas tanto formales (pertenecientes a alguna jerarquía del orden jurídico) como convencionales a los que recurren los habitantes de la ciudad explícita o tácitamente en el

desarrollo de las prácticas relacionadas con los usos y las formas de apropiación de los espacios y bienes públicos o de uso colectivo que, más allá de la vivienda, son elementos constitutivos de la ciudad (Duhau y Giglia 2004: 258).

Si bien no se trata de un concepto generalizado en el análisis de las ciudades latinoamericanas (y sin compartir necesariamente su sustrato “bourdieusiano” que remite los fundamentos de ese orden en última instancia al *habitus*), la idea de orden urbano brinda un marco general para la pregunta acerca de quiénes, cuándo y para qué se puede usar la ciudad, al recordarnos que la multiplicidad y heterogeneidad de actores y de prácticas sociales en la ciudad no se dan en el vacío, sino en una determinada configuración –más o menos formal, más o menos explícita– que regula los usos del espacio urbano. En efecto, para Duhau y Giglia (2008) existe una conexión no determinista entre la organización socio-espacial de la ciudad y las prácticas sociales, dando lugar a experiencias diferenciales de la ciudad según la forma de producción de cada uno de los espacios de una ciudad, por lo cual cada localización particular en la ciudad puede considerarse efecto y resultado de la posición social y cultural de los grupos sociales.

Todo orden urbano, solidario con las formas de la dominación, supone (y se ilusiona con) que hay “un lugar y un tiempo para cada cosa” (Harvey 1998) –y para cada clase, grupo, género, edad, etc. Sin embargo, antes que plenamente ordenado, el espacio urbano busca ser “puesto en orden” por una multiplicidad de agentes. El mercado inmobiliario y las múltiples y heterogéneas políticas estatales urbanas son clave en la producción y mantenimiento de un orden, que se manifiesta en los heterogéneos valores del suelo urbano, en la localización diferencial de las inversiones públicas en infraestructura y servicios urbanos, y en la fragmentación de la seguridad pública: expulsada de los barrios cerrados; presente en el centro de la ciudad, los distritos comerciales y los barrios tradicionales de clases medias; ausente en barrios populares o patrullándolos como

territorio enemigo (Glebbeek y Koonings 2016). Simultáneamente, más allá de la distribución espacial desigual de bienes, servicios y oportunidades, legibles en una composición diferencial de localizaciones, distancias y accesibilidades, la vida cotidiana “transcurre no sólo dentro de estructuras espaciales y materiales en las ciudades, sino también en torno de estructuras socioculturales (...), marcos que forman parte de la experiencia de la ciudad y que intervienen en los procesos de diferenciación social” (Hernández Espinosa 2015: 81).

Entre esas estructuras socioculturales se encuentran las cartografías simbólicas de la ciudad, los valores y sentidos diferenciales otorgados a sus distintos lugares, y el tipo de actores y prácticas esperadas en cada uno de ellos. Como mostraron recientemente Bayón y Saraví (2018), este proceso de construcción de lugar constituye un poderoso mecanismo de separación que establece, muchas veces sin conflicto o discriminación explícita, qué tipo de personas y qué tipo de prácticas son apropiadas para diferentes lugares. En efecto, a lo largo de la vida las personas construyen su propia geografía urbana y, más allá de los indudables trazos biográficos e idiosincráticos, la raza, el género y la clase producen considerables diferencias en cómo la gente mapea la ciudad, identifica lugares y aprende a moverse, usarlos y estar en ellos. En el caso de la Ciudad de México, los autores mencionados señalan que la segregación urbana implica que las clases sociales altas y bajas tengan cada una su propia ciudad dentro de la ciudad, incluso cuando vivan muy cerca unas de las otras. Ambas ciudades representan mundos sociales y culturales distintos y contrastantes, donde el sentimiento de estar “fuera de lugar” (*being-out-of-place*) regula las prácticas y refuerza la separación y la distancia.

La incomodidad que produce el sentimiento de estar “fuera de lugar” se articula en diversas situaciones urbanas con el malestar que genera “la mirada de los otros”. En efecto, resulta verdaderamente sintomático que investigaciones realizadas en distintas ciudades y acerca de diversas situaciones urbanas – desde la presencia de las clases populares en centros comerciales en México (Hernández

Espinoza 2015) hasta la experiencia de la discriminación en La Plata (Pinedo 2017; Rodrigo 2018) –hayamos identificado a *la mirada* como una poderosa práctica de regulación de las formas de estar, usar y permanecer en determinados lugares. Desde los trabajos pioneros de Simmel (1986) sabemos que la mirada constituye un sentido privilegiado en las interacciones urbanas que combinan proximidad espacial y distancia social. Sin embargo, lo que estas investigaciones registran es la experiencia (y el sentimiento) de la mirada constante por parte de las demás personas y agentes sociales con las que se comparte un espacio (un centro comercial, el espacio público), que se sintetiza en expresiones como “la gente se nos queda viendo” o “nos miran mal” y que efectivamente les recuerda que se encuentran fuera de lugar. En palabras de Hernández Espinosa (2015: 94) se trata de “prácticas que suelen contribuir al establecimiento de barreras simbólicas en torno a ciertos espacios” que remiten a una “conducta visual” que incluye “gestos de descalificación, la vigilancia y el escrutinio hacia el ‘otro’”. Se trata de formas de “control social informal” que en *Sidewalk*, su etnografía de las calles de *Greenwich Village*, Mitchell Duneier (1999) remonta a la idea de Jane Jacobs (1973) de la presencia y la conducta de los extraños en las veredas del barrio reguladas por la mirada de los demás.

Por supuesto, estas miradas están dirigidas hacia quienes son socialmente considerados “extraños”, “extranjeros” o “peligrosos”, lo que generalmente supone actualizar y reproducir un conjunto de estereotipos y estigmas vividos como una “presión discriminatoria” (Rivero Sierra 2011) que, en el caso de muchas ciudades latinoamericanas, remite fundamentalmente a una pobreza racializada en un contexto regional en el que –más allá de las variaciones locales– presenta los índices más elevados de urbanización, desigualdad, inseguridad y violencia a nivel mundial. En este marco los estigmas no solo separan y segregan a grupos sociales desiguales, los cuales muchas veces padecen la aplicación del “principio de máxima intrusión socialmente aceptable” (Carman 2011) por parte de las autoridades cuando transgreden el orden socio-espacial, sino que también “la

estigmatización de los pobres y de sus lugares de residencia como inseguros y peligrosos limitan la sociabilidad urbana y la experiencia de la ciudad de los privilegiados” (Saraví, 2015: 246).

Sentidos de pertenencia y de lugar, miradas y estigmas desplegados en un entorno urbano segregado y atravesado por dispositivos y prácticas de control buscan sostener un orden urbano, una distribución de lugares, tiempos, actores y prácticas. Sin embargo, las prácticas sociales espaciales (Lefebvre, 1973) no se localizan, sino que por el contrario “espacializan”, producen espacios (Certeau, 2000) y, por lo mismo, todo orden urbano (siempre contingente) se encuentra sujeto a cuestionamientos, negociaciones y eventuales modificaciones. Más aún, los supuestos implícitos de todo orden urbano se tornan objetivables precisamente con el despliegue de una práctica “inesperada” o una presencia “fuera de lugar” y es por esto que las formas de apropiación y uso de la ciudad producen fricciones en el orden urbano históricamente sedimentado, conformando situaciones de interacción, negociación y conflicto entre grupos sociales diferentes y desiguales en la ciudad (y, muchas veces, acerca de la ciudad).

¿Cómo se despliegan las interacciones entre las y los habitantes de los “enclaves fortificados” y el entorno urbano (generalmente pobre) del cual voluntariamente buscan separarse y con el que, a la vez, son interdependientes? ¿Qué sucede cuando –parafraseando a Gorelik (2004) y su estrategia analítica de “esquivar avenidas”– diversos actores transitan y usan la ciudad de un modo distinto al supuesto en su diseño y/o en el “orden urbano” dominante, como sucede con diversas prácticas juveniles de sectores populares en el centro de la ciudad o con usos discrepantes de los espacios públicos como la venta callejera, las y los “niños de la calle”, las y los “sin techo” y las y los recicladores urbanos, entre otros? ¿Qué nos dice respecto del orden racializado de las ciudades y sus dinámicas de la alteridad y la desigualdad la experiencia social cotidiana de migrantes bolivianos en Buenos Aires, migrantes peruanos en Santiago de Chile o desplazados en Bogotá?

Ciudad practicada y contextos de convivialidad

En busca de estas dinámicas el estudio antropológico de las prácticas urbanas en las ciudades latinoamericanas ha desplazado el foco de análisis desde la ecología de las ciudades y su representación cartográfica hacia el universo multiforme de las prácticas sociales que, como diría Michel de Certeau (2000), la cartografía excluyó. Se trata, como ha propuesto el antropólogo urbano Magnani (2002), de evitar reflexivamente la “tentación de aldea” que habitualmente nos lleva a imaginar universos sociales autónomos y homogéneos en la ciudad para, en cambio, construir un “plano intermedio” para el análisis de la vida urbana: las prácticas sociales espaciales de actores específicos y las relaciones que establecen con otros actores en la ciudad. En síntesis: no se trata del mapa panorámico de la ciudad, pero tampoco del individuo o del grupo fijo en un punto de la ciudad, sino personas “atravesando la espesura de la ciudad” (Jirón y Mansilla 2013), realizando recorridos, armando circuitos, encontrando (y, a veces, superando) obstáculos, estableciendo relaciones, (re)produciendo diferencias, contestando desigualdades (Segura 2018 b). Ante la imposibilidad de la mirada holística de la ciudad, la estrategia de “seguir a los actores” o de “seguir las prácticas” ha permitido articular lugares, recorridos, imaginarios y experiencias de una “ciudad en proceso” o “ciudad bis”, como la denominó Michel Agier (2015), relevando una multiplicidad de prácticas –siempre situadas espacio-temporalmente– que tensan los límites de los órdenes urbanos en los que se despliegan.

Sin pretender ser exhaustivo respecto a la vastísima producción sobre estas cuestiones en las últimas décadas y aplicando las claves de lectura explicitadas al inicio de este trabajo para la conformación del corpus (a saber: perspectiva urbana, formas de convivialidad y categorías nativas), se construyeron cinco escenarios urbanos en los que se ponen en tensión los límites establecidos por el orden urbano. A la vez, cada uno de estos escenarios podría ser pensado como

un “contexto de convivencia” (Mecila, 2017) específico, distinguible por al menos dos dimensiones. Por un lado, los grados (necesariamente variables) de “control normativo” (Hannerz, 1986: 172) inherentes a cada uno de los contextos de convivencia, desplazándonos desde espacios rígidamente jerarquizados como son los “enclaves fortificados” hasta las interacciones sujetas a regulaciones más lábiles en el espacio público urbano. Por el otro, retomando la idea de Mariza Peirano (2007) acerca de la pluralidad de alteridades posibles de identificar en la investigación antropológica, pensamos que los contextos de convivencia podrían distinguirse por las distancias (Almeida et al., 2008) involucradas en cada uno de ellos: desde la distancia contigua en el caso de los enclaves fortificados y sus entornos hasta la distancia continua propia de los espacios públicos.

En síntesis, a partir del análisis de la investigación acumulada, se trata de formular algunas hipótesis acerca de cómo ciudades desiguales y diversas constituyen sus modos de vivir juntos, desplegando un abordaje relacional y situacional en diferentes contextos. Producto de estas variaciones, mostraremos que en cada uno de estos contextos la “convivialidad” adquiere cualidades y modulaciones particulares.

A través de los muros: orden jerárquico, vigilancia y caridad

Los “enclaves fortificados” (Caldeira 2001), en su formato de “barrio cerrado” o “urbanización privada” en las periferias y de “torres” en zonas centrales de las ciudades, constituyen uno de los objetos urbanos que transformaron el paisaje de las ciudades latinoamericanas de un modo vertiginoso en las últimas décadas. Rápidamente fueron interpretados no solo como expresión del marcado incremento de la brecha entre ricos y pobres, sino también como respuesta a la persistente inseguridad urbana y producto de la búsqueda de distinción social y de un nuevo estilo de vida. Si bien las investigaciones iniciales tendieron a certificar la eficacia de estas “privatopías”, en estas urbanizaciones se configuran interacciones interdependientes

y asimétricas que el propio enclave requiere para su reproducción. En efecto, como señaló tempranamente Svampa (2004: 53-57), las urbanizaciones privadas constituyen un escenario privilegiado para analizar las relaciones que establecen agentes situados en posiciones opuestas de la estructura social: por un lado, profesionales y empresarios de clases altas y medias altas que residen allí; por el otro, el proletariado de servicios que la propia urbanización demanda, como jardineros, guardias de seguridad, trabajadores de la construcción, empleadas domésticas, entre otros.

En los casos en que se da contigüidad espacial entre clases sociales separadas por muros y sistemas de vigilancia,⁶ las urbanizaciones privadas constituyen una “usina generadora de empleos” para el entorno (generalmente pobre) en el que se insertan, debido entre otros motivos a la creencia de que la mejor garantía de seguridad es dar trabajo a la gente de lugares cercanos a la urbanización. Dentro de este marco, Svampa (2004) sostiene que el vínculo que se establece “hacia adentro” de las urbanizaciones se caracteriza por la “desconfianza” y el “control” sistemático al que los trabajadores se ven sometidos al momento del ingreso y el egreso de la urbanización. Estos controles por parte de los empleados de seguridad y de los propietarios se tornan permanentes y muchas veces humillantes en el caso de las empleadas domésticas: les revisan los bolsos, las palpan, algunas veces les exigen sacarse la ropa, controlan sus movimientos

⁶ Si bien su expansión resultó impactante y cautivó no solo la imaginación sociológica sino también las representaciones sociales sobre una sociedad fracturada, en las ciudades latinoamericanas esta situación no es generalizable. Existen, de hecho, cambiantes ecuaciones entre desigualdad social y distancia geográfica que Almeida, D’Andrea y De Lucca (2008) buscan sintetizar para el caso de Brasil con la idea de diferentes “situaciones periféricas” que dan lugar a heterogéneas distancias sociales: contigua (proximidad), lejana (periferias tradicionales) y continua (personas en situación de calle). La agenda de las ciencias sociales, sin embargo, suele priorizar los casos de grandes contrastes, como las favelas de la zona sur en Río de Janeiro y las villas centrales de la ciudad de Buenos Aires, olvidando – o reduciendo – la heterogeneidad de hábitats populares a estos lugares emblemáticos, tendiendo a invisibilizar ciertas dinámicas urbanas como favelas y loteamientos de las zonas norte y oeste en el caso de Río (Perlman 2010) o el conurbano de Buenos Aires (Gorelik 2016).

por la urbanización, tienen prohibido visitar otras casas, son las primeras (y muchas veces las únicas) responsables por la falta de algún objeto de valor en la vivienda, etc. Estas experiencias recurrentes fueron descritas para el caso de Buenos Aires por Marina García (2008), quien a su vez señala que los vínculos asimétricos entre la familia empleadora y la empleada pueden asumir una carga afectiva (“modelo afectivo de integración familiar”) o jerárquica y pedagógica (“modelo disciplinario de distanciamiento rígido”). Asimismo, el uso obligatorio de uniforme, que diferencia entre vigiladores, jardineros, empleadas domésticas y niñeras, busca separar los residentes de los “otros” y, a la vez, distinguir de manera transparente roles y estatus en la urbanización. De manera convergente, en su etnografía sobre “el mundo social de las torres” en Buenos Aires, Elguezabal (2018) analiza la organización interna de estos artefactos que simultáneamente son espacios residenciales y lugares de trabajo. Al igual que las urbanizaciones, las torres demandan tareas permanentes de una compleja jerarquía de empleados: intendentes, vigiladores, encargados de la limpieza y el mantenimiento. Contrariamente a lo que se suele pensar, la vigilancia privada de los edificios no previene delitos externos sino que custodia el orden interno, garantizando tanto el trabajo que la torre demanda como la separación espacial entre los trabajadores y los habitantes. Asimismo, al interior de las torres existen fronteras sociales entre los “nuevos ricos”, quienes estarían interesados en despersonalizar las relaciones y reforzar una distancia social que sienten porosa, y los “viejos ricos”, quienes buscan crear relaciones de dependencia personal con los trabajadores. De esta manera, al interior de los muros se busca construir y sostener un orden que no solo distinga entre residentes “de adentro” y trabajadores “de afuera”, sino también clasificar y jerarquizar a estos últimos, distribuyendo funciones, espacios y tiempos en la urbanización.

Si “hacia adentro”, entonces, las urbanizaciones privadas buscan construir un orden jerárquico claro y transparente, “hacia afuera” –junto con los muros, los sistemas de vigilancia y dar empleo a personas del entorno– en muchos casos se observa la persistencia del

modelo “clásico” de asistencia social: la beneficencia. Esta asistencia se organiza en distintos formatos: organizaciones informales como “grupos de mujeres”, la “comisión directiva” de la urbanización que destina fondos a través del municipio y las “fundaciones”, organizaciones formales con personal especializado (Svampa 2004: 86-90). Además, las instituciones educativas privadas vinculadas con estas urbanizaciones han incorporado la “tarea solidaria” dentro de sus actividades curriculares. Al respecto, Carla del Cueto (2007: 75-78) muestra que desde el punto de vista de las instituciones educativas privadas el “trabajo solidario” está orientado a “los menos afortunados” y se estructura tensado entre la “irrealidad” en la que supuestamente vivirían los jóvenes de las urbanizaciones privadas y la “realidad” con la que entrarían en contacto a través del trabajo solidario, el cual permitiría que “vean la realidad”. Este tipo de actividades –y otras menos sistemáticas como “visitas” puntuales a “villas” o la realización de donaciones– no permiten el establecimiento de relaciones recíprocas y estables. Por el contrario, desde la perspectiva de la autora tienden a la construcción del otro como “pobre” y como objeto de caridad, reforzando la distancia entre unos y otros.

Dinámicas similares han sido identificadas en otras latitudes, como la relación entre la favela Paraisópolis y los condominios de clases altas y medias de Morumbi en São Paulo. La formación de ambos espacios residenciales (próximos y contrastantes) ocurrió de manera conjunta, ya que a medida que crecía el emprendimiento inmobiliario de Morumbi atraía mano de obra para la construcción de los condominios, que luego fue ocupada en el comercio y los trabajos domésticos en los mismos condominios. En este sentido, desde la perspectiva de Almeida, D’Andrea y De Lucca (2008) habría que relativizar las afirmaciones de Caldeira sobre el distanciamiento entre clases sociales, ya que la vecindad rica que reside en Morumbi mantiene una actitud ambigua hacia los habitantes de Paraisópolis y hacia el estigma que recae sobre la favela, existiendo relaciones tanto de “evitación” como de “interacción”, dependiendo de la dimensión analizada: mientras

hay interacción a nivel del trabajo y la asistencia social, predomina la evitación en lo relativo a ocio, valores, gustos, parentesco y amistad.

Al mismo tiempo, contextos de convivialidad en los que se combinan una profunda asimetría social con una distancia social contigua no se encuentran únicamente en torno a “enclaves fortificados”. La conurbación de Buenos Aires –conocida como Gran Buenos Aires o, simplemente, como el conurbano–, además de ser la sede de la expansión de las “urbanizaciones privadas” en su círculo más externo, muestra la coexistencia de desiguales formas espaciales (barrios tradicionales de clases altas, barrios de clases medias, viviendas sociales, villas y asentamientos informales) y en la dinámica cotidiana de estas localidades se despliegan múltiples prácticas para conjurar la cercanía física y remarcar la distancia moral (Carman, 2015). En este sentido, resulta iluminador el conflicto desatado entre los municipios de San Isidro y San Fernando en el norte del conurbano bonaerense por la construcción de un muro sobre una avenida que, además de ser el límite administrativo entre ambos municipios, separa al tradicional barrio de clases altas de La Horqueta (San Isidro) del barrio popular en proceso de urbanización conocido como Villa Jardín (San Fernando), cuyos habitantes trabajan cotidianamente en La Horqueta y sus hijos van a las escuelas de San Isidro. La antropóloga Cristina Cravino (2017) analizó este conflicto, mostrando la legitimidad social de las demandas de seguridad de las clases altas en la agenda urbana así como la naturalización de la segregación (y la construcción de muros y barrios cerrados) para intentar resolver la búsqueda de seguridad que señala a los barrios populares cercanos como la fuente del peligro. De todos modos, lo interesante del conflicto fue precisamente que la construcción del muro se detuvo y que ante tal imposibilidad los vecinos de La Horqueta buscaron establecer vínculos con sus vecinos de Villa Jardín por medio de donaciones y asistencia. De modo similar a lo observado en los enclaves fortificados, estas formas de la asistencia entendidas como “un mecanismo defensivo” que buscaba mostrar “sensibilidad social” ante los pobres y evitar que los vean como “enemigos”, colocaban a los sectores

populares en una situación de subordinación e inferioridad, “buenos pobres” que antes habían sido vistos como “delincuentes”. En síntesis, un acercamiento que produce y refuerza la distancia social.

Por su parte, la relación jerárquica parece impregnar de manera particularmente poderosa las relaciones de proximidad física y distancia social en el caso de la Ciudad de México. De esta manera, si bien según Saraví (2015) la fragmentación social en México ha limitado la interacción entre sectores sociales opuestos –en el caso de los jóvenes la fragmentación se traduce en geografías y circuitos diferentes y separados: la escuela acotada, la ciudad abierta y el consumo popular, para los sectores populares; la escuela total, la ciudad exclusiva y el consumo de élite, para los sectores privilegiados–, no anula la posibilidad de interacciones, la mayoría de las cuales están mediadas por la jerarquía, con reglas rígidas y predefinidas en lo relativo a los marcos normativos que las rigen, dando lugar a interacciones formalizadas y estereotipadas.⁷ En este sentido, Duhau y Giglia (2008) sostienen que estos encuentros altamente desiguales forman parte de la experiencia cotidiana de una ciudad donde el trabajo es muy barato y se vinculan especialmente con “relaciones de servicio” tanto en el espacio doméstico (niñera, cocinera, jardinera, repartidor, etc.) como en los espacios de consumo como restaurantes, supermercados y centros comerciales (cuidadores de coches, vigilantes, mozos, etc.). “La enorme desigualdad que caracteriza estas relaciones de servicio es vivida como inevitable y casi natural por ambas partes, pasando a formar parte de lo que es tan obvio que casi se vuelve invisible” (2008: 38).

En estos diversos escenarios urbanos nos encontramos, entonces, ante lo que podríamos denominar “convivialidad jerárquica”. Estas

⁷ Saraví (2015: 256-262) también identificó prácticas de asistencia en instituciones educativas de elite de la Ciudad de México. Sin embargo, en este caso la caridad se orienta hacia un “otro” distante, con el que no se convive cotidianamente, “buenos pobres” siempre localizados en lugares remotos, mientras que con los “malos pobres”, pobres urbanos cuya presencia es cotidiana y cercana, las actitudes son el miedo, la desconfianza y la evitación.

formas de convivencia implican unas relaciones interdependientes marcadamente asimétricas que se manifiestan tanto en el control de la relación laboral como en las relaciones de beneficencia y asistencia. En ambos casos, las relaciones tienden a reproducir no solo la subordinación sino también la distancia entre los actores sociales involucrados en tales situaciones de interacción.

“Convivialidad organizada” en centros comerciales

Al igual que los “enclaves fortificados”, *malls* y centros comerciales constituyen uno de esos “nuevos objetos urbanos” que proliferaron en las últimas décadas y que se asocian con la fragmentación del espacio urbano. Espacios privados de uso público, las narrativas dominantes enfatizan su homogeneidad social; su disposición “insular”, lugares encerrados e indiferentes al contexto urbano; y/o su cualidad de ser lugares altamente vigilados y controlados (Pérez, Salcedo y Cáceres, 2012).

Sin discutir completamente estos rasgos distintivos, la investigación antropológica ha resaltado la heterogeneidad que se engloba bajo esta tipología⁸ y, fundamentalmente, ha interrogado la dinámica interaccional de estos espacios que se destacan por ser lo que, a partir de una investigación comparativa entre centros comerciales en Río de Janeiro y México, Capron y Sabatier (2007: 96) denominaron “lugares con una convivencia organizada”. Con esta categoría describen la sensación que estos espacios buscan generar por medio de una relación paradójica con la ciudad. En efecto, sus formas se inspiran en la morfología de una ciudad depurada de sus “problemas” para favorecer la vida social, cierta familiaridad y una especie de diversidad controlada por normas que buscan mantener la tranquilidad del entorno (escaso ruido, ausencia de coches, limpieza, etc.) y

⁸ En efecto, no solo hay diversidad de centros comerciales, sino también que ellos varían por su localización, su accesibilidad y su perfil de consumidor (o *target*), entre otras dimensiones relevantes.

la tranquilidad social (“gente bien” y seguridad). No se trataría, entonces, de una cultura antiurbana, sino que se alimentaría de una nostalgia de la ciudad en sus formas idealizadas y modernizadas: tiendas, calles, espacios públicos densos y una sociabilidad cara a cara. Y al hacerlo, paradójicamente, estos lugares mercantiles contemporáneos participan de la privatización social de la ciudad y de la tendencia hacia la fragmentación urbana.

En la búsqueda por producir estas sensaciones intervienen factores disuasivos como la ubicación del centro comercial en una zona específica, su accesibilidad diferencial, el tipo de tiendas y comercios que alberga y la reputación de exclusividad del lugar. Sin embargo, estos dispositivos no impiden que diversos grupos de personas visiten los centros comerciales y que, por lo mismo, sean lugares donde se despliegan experiencias de desigualdad en las interacciones. Al menos esto identificó Hernández Espinoza (2015, 2017) en su trabajo en la Ciudad de México. Mientras que cuando el trato es positivo las personas de sectores populares resaltan la cordialidad y la “atención servil”, ante un trato negativo se refieren a recibir un gesto de desprecio que se sintetiza en expresiones populares como “ver feo”, “ver con malos ojos” o “hacerle el feo” a alguien. Se trataría no sólo del “modo de percibir un proceso subjetivo” sino también de “la forma de dirigir la mirada y convertirla en expresión, en un *acto enunciativo*” (2015: 95; con cursivas en el original). La sensación de vigilancia que experimentan visitantes populares de los centros comerciales en México refiere a “la experiencia de sentirse observado y juzgado” que se traduce en “una sensación de vergüenza o incomodidad” y que “pone de manifiesto un contexto de configuraciones sociales basadas en relaciones desiguales” (2015: 96).

Considerando la naturaleza controlada y orientada al consumo de estos espacios, diversos trabajos en Santiago de Chile (Stillerman y Salcedo, 2012; Pérez et al., 2012) han analizado las prácticas y las interacciones de una categoría social especialmente incómoda para el centro comercial: las y los jóvenes. A partir de su etnografía en un *mall* localizado en una zona de clases medias de Santiago, Pérez et al.

(2012) destacan que para las y los jóvenes el consumo es una de las tantas acciones realizadas en el interior, un accesorio al vagabundeo o la socialización, a la vez que señalan que consumir algo es una forma de legitimar su presencia en el centro comercial (es decir, una aceptación tácita de las reglas). En este sentido, los autores describen una relación constante entre control y resistencia, que genera un interminable juego de persecución y de conocimiento entre guardias y jóvenes. Este juego implica, por un lado, que las y los jóvenes incluyen el hostigamiento de los vigiladores dentro de la experiencia del *mall*; y, por el otro, que la repetición constante de prácticas indeseables, con el correr del tiempo dejan de ser perseguidas por la autoridad. Simultáneamente, la presencia de los guardias y otros mecanismos de control espacial otorgan un marco de seguridad necesario para la interacción y el reconocimiento con otros en una atmósfera dinámica pero controlada y segura que podríamos denominar, trayendo el mencionado trabajo de Capron y Sabatier (2007), “convivialidad organizada”.

El otorgamiento de mayor seguridad que otros espacios de la ciudad no supone, sin embargo, que espacios como calles y plazas sean abandonados por las y los jóvenes. De hecho, estas investigaciones muestran que el *mall* no es un lugar cerrado y desligado de su entorno, sino más bien uno entre varios espacios que conforman un “circuito de sociabilidad” que conecta lo público y lo privado, el adentro y el afuera, en una forma de habitar que hace del nomadismo continuo una forma de permanencia.

Circuitos juveniles populares: convivialidad “expandida”, convivialidad “cuestionada”

Entre los circuitos de sociabilidad juvenil existentes en ciudades latinoamericanas, las prácticas culturales urbanas de jóvenes de sectores populares que atraviesan fronteras y conectan lugares, desestabilizan los imaginarios y los usos dominantes de las ciudades. Uno de los casos emblemáticos es el *hip hop* en las principales

ciudades brasileñas, el cual debe entenderse en el marco de los profundos y contradictorios procesos de mejora y deterioro por el que pasaron desde el retorno de la democracia las periferias en São Paulo (Holston 2009; Caldeira 2010) y las favelas en Río de Janeiro (Perlman 2010): el acceso creciente a servicios e infraestructura urbana, la ampliación del consumo y el incremento en las credenciales educativas, por un lado; el tráfico de drogas, la violencia, el desempleo y la estigmatización, por el otro.⁹ En este contexto las y los jóvenes crean lo que Caldeira (2010: 47) describió como “una de las críticas más poderosas a la desigualdad social, la injusticia, el racismo y la falta de respeto por los derechos humanos jamás articuladas en el Brasil”.

Para Weller (2004, 2011) la expansión de este estilo musical entre jóvenes de la periferia de São Paulo se dio en el marco de poderosos procesos de segregación socio-espacial y discriminación racial. Entre sus practicantes destacan jóvenes residentes en conjuntos habitacionales alejados del centro de la ciudad, los cuales se construyeron en respuesta a demandas de infraestructura urbana por parte de los pobres, pero que presentan gran cantidad de carencias relativas

⁹ Si bien estas dinámicas contradictorias (democratización y fragmentación; mejoras en condiciones materiales y agravamiento de la vida cotidiana en la periferia) han sido particularmente tematizadas por la investigación en las grandes ciudades brasileñas, tendencias similares han sido propuestas a nivel regional. Siguiendo a Roberts (2011), mientras durante el período de rápida urbanización de la región (1950-1980) la desorganización social dio lugar a la emergencia de organizaciones sociales y formas de cohesión social, el actual período de urbanización (más lento) estaría produciendo formas de desorganización y baja cohesión social, entendida como la naturaleza de las relaciones sociales y los sentimientos de confianza e identidad con otros, al nivel del barrio y la ciudad. Esta erosión de los vínculos ha sido señalada por Prévot-Schapiro (2001: 50) como uno de los efectos de la fragmentación en el caso del Gran Buenos Aires: “A la primera separación entre propietarios y no propietarios, que hace renacer el viejo temor por los villeros, se superponen múltiples fronteras en espacios considerados a menudo como homogéneos. Diferencias sutiles en el aspecto del barrio, las casas y el acceso a los servicios, son presentadas por los habitantes como signos de pertenencia o exclusión (...). Estas múltiples fronteras que atraviesan los espacios de la periferia y separan a los pobres de los menos pobres, a los villeros de los habitantes de los asentamientos, a los propietarios de los no propietarios, dando lugar a estrategias de esquivamiento, formas de territorialidad exacerbada y de identidad restringida”.

al hábitat, la salud, la educación, el transporte y la recreación, y cuya instalación tuvo como resultado separar residencialmente a los ricos de los pobres, a los euro-descendientes de los afro- descendientes. En este contexto desigual, los jóvenes atravesaron una experiencia de reconstrucción de una identidad étnica y colectiva, práctica de “volverse negro” que articuló los relatos de la diáspora africana (pasado) con las experiencias conjuntivas de la migración, la segregación y la discriminación (presentes), transformándose en una estrategia para enfrentar la exclusión y la discriminación. Como sostiene Caldeira (2010: 49) estos jóvenes “se ubican en la periferia, se identifican como pobres y negros, expresan un explícito antagonismo racial y de clase, y crean un estilo de confrontación que deja muy poco espacio para la tolerancia y la negociación” generando “una distancia insalvable e innegociable entre ricos y pobres, blancos y negros, centro y periferia” que se expresa en la categoría nativa *ter atitude* (tener actitud): “evitar las drogas, el alcohol y el delito; ser leal a los *manos* (hermanos); estar orgulloso de la raza negra; ser viril; evitar el consumo ostentoso y los valores de las clases media y alta; evitar los medios masivos; ser leal al universo de la periferia; ser humilde; evitar las mujeres” (Caldeira 2010: 76).

Ahora bien, el código de conducta desafiante condensado en la idea de “actitud” no debe hacernos perder de vista que el hip hop –junto con otras prácticas culturales de la periferia como los *saraus* (Pardue y Oliveira 2018)– produce una geografía novedosa, que cuestiona los límites establecidos, al desplegar una escala y una territorialidad “otras” en la ciudad por parte de los sectores populares urbanos relegados al aislamiento. En este sentido, por medio de un trabajo etnográfico con jóvenes de las favelas de Maré en Río de Janeiro, Ribeiro Raposo (2016) mostró que la práctica de *break dance* cuestiona la “cartografía de los estigmas y los preconceptos” (Leite y Machado da Silva 2013:153) rompiendo una visión limitada de la ciudad, fomentando el flujo de las y los jóvenes más allá de las fronteras de la favela y estableciendo contactos con jóvenes de otras partes de la ciudad y de otros orígenes sociales. Se trata, en definitiva, de prácticas sociales espaciales a través

de las cuales las y los jóvenes de sectores desventajados de la sociedad –segregados, estigmatizados y habituales blancos de la violencia policial– buscan “hacerse un lugar” (Chaves y Segura, 2015) en la vida social, construyendo circuitos y trayectorias en torno a prácticas culturales que habilitan otras relaciones, contactos y desplazamientos en la ciudad (Chaves 2010), cuestionando el orden existente.

Para los fines de esta revisión vale mencionar, además, que la investigación disponible sobre estas prácticas se orienta en dos direcciones diferentes, aunque no necesariamente opuestas. Por un lado, un conjunto de investigaciones que discute con la perspectiva “nomadista” acerca de las “tribus urbanas” y que en contrapartida muestra que estas prácticas tienen un lógica interaccional y un anclaje espacial que les otorga cierta previsibilidad y estabilidad. En este sentido, al sistematizar los resultados del abordaje etnográfico de diversos circuitos juveniles (*straight edge*, baladas *black*, *rodas do samba*, *B. boys*, *raves*, forró, *pichadores*, entre otros) realizados por integrantes de su equipo de investigación en la ciudad de São Paulo, Magnani (2005) concluye que no hay aislamiento ni fijación, pero tampoco aleatoriedad o nomadismo sin dirección. Al contrario, los distintos grupos se apropian de la ciudad y utilizan sus equipamientos de acuerdo con normas y valores que fundamentan elecciones muy precisas, involucrando el intercambio y la comunicación no solo con otros grupos afines, sino también formas de negociación con una variada gama de actores sociales. En este sentido, contra las imágenes que enfatizan tanto la inscripción local como la inestabilidad y la imprevisibilidad, Magnani y su equipo trabajan en torno a la idea de cierta estabilización de los recorridos y los desplazamientos, que se organizan en circuitos más o menos conocidos, compuestos por trayectos identificables, puntos de encuentro compartidos y *pedaços* específicos. De esta manera, diferentes actores sociales se presentan en el espacio urbano, circulan por él, usufructúan sus equipamientos y, en ese proceso, establecen patrones de intercambio y encuentro (lo que podríamos denominar “convivialidad expandida”) en el dominio público.

Por otro lado, un conjunto de investigaciones afirman que estas prácticas, más allá de su lógica intrínseca, desestabilizan, irrumpen o interrumpen de forma conflictiva o paradójal el orden urbano y las formas de convivialidad establecida, situándonos ante un escenario de “convivialidad cuestionada”. En esta dirección, desde la perspectiva de Caldeira (2012: 63) algunas de estas prácticas innovadoras de producción de signos (*grafitti* y *pixação*), interferencia en el espacio público (*skate*, *parkour*) y circulación por la ciudad (motociclismo) que afirman la presencia activa en los espacios públicos centrales de la ciudad de grupos de jóvenes de la periferia en la São Paulo contemporánea, rearticulan las profundas desigualdades de la ciudad y están reconfigurando el espacio público. Crean una nueva visibilidad y una nueva forma de presencia para los grupos subalternos que rompen un estado de cosas antes constitutivo del orden público, relacionado con la pérdida del control del espacio público por parte de las clases medias y altas.¹⁰ Y hacen esto de manera paradójal, pues estas prácticas expanden pero a la vez fracturan el espacio público, reivindican derechos y los cuestionan, afirman el disfrute y coquetean la muerte, y denuncian injusticias pero rechazan obstinadamente la asimilación. Se trataría, entonces, de prácticas que suprimen a través del movimiento y el asociacionismo la distancia física y el aislamiento social que los separan de lugares socialmente valiosos y que, en ese mismo movimiento, cuestionan de maneras más o menos frontales o solapadas la convivialidad establecida en esos lugares.¹¹

¹⁰ Acontecimientos como el *arrastão* durante los años 80 y 90 en las playas emblemáticas de Copacabana e Ipanema en Río de Janeiro quizás puedan ser inteligibles desde esta óptica como prácticas que desafían las sutiles fronteras de la sociabilidad carioca. Para una reconstrucción de estos eventos, un análisis del modo espectacular en que lo cubrió la prensa y una relativización de ese modo a partir del punto de vista de las y los jóvenes de la favela, ver Cunha (2001).

¹¹ En este sentido, más allá de sus diferencias, estas prácticas tendrían ciertas afinidades con repertorios de protesta popular (Merklen 2005) como los cortes de ruta – conocidos como *piquetes* – que proliferaron en distintas ciudades argentinas a medida que se tornaban más rígidas e infranqueables ciertas fronteras urbanas y que, como señaló Grimson (2009: 29), interrumpían el movimiento de la ciudad para “impedir que la vida urbana continúe como si ellos no existieran”. El paralelismo no se detiene

El espacio público y la “convivialidad disputada”

Más allá de la proliferación de los muros, la profundización de las dinámicas segregacionistas y las tendencias hacia la fragmentación social –o precisamente por ellas– donde de modo más dramático se despliega lo que Arjun Appadurai (2018) denominó “convivialidad disputada” es en el espacio público de las ciudades, muy especialmente en sus centralidades históricas y comerciales. En estos escenarios se despliegan formas de interacción, negociación y conflicto entre diferentes y desiguales que se dan en el “espacio precario, asimétrico y arriesgado que está involucrado con cualquier tipo de convivencia a través de los límites de clase, género, raza o etnia” (Appadurai, 2018: 8; traducción propia).

El espacio público urbano de las ciudades latinoamericanas constituye un terreno en el que se encuentran, interactúan, negocian y se enfrentan una multiplicidad heterogénea y desigual de actores y usos sociales, por lo que Duhau y Giglia (2008) lo denominaron “ciudad disputada”. Esto no significa que necesariamente todas las clases sociales converjan en los espacios públicos centrales de manera cotidiana –hay, de hecho, sensibles variaciones entre ciudades, dependiendo del grado de “abandono” o “huida” de la ciudad central por parte de las clases medias y altas así como también del grado de “policentrismo” de cada ciudad –, pero en cambio sí implica reconocer que, con sus conflictos a cuestas, los espacios públicos de las ciudades latinoamericanas tienen una persistente vitalidad debido a la multiplicidad de usos y la heterogeneidad y la desigualdad de actores co-presentes. A diferencia de otros “contextos de convivencia” como las urbanizaciones privadas, los centros comerciales y los espacios laborales, donde se establecen roles fijos y determinados agentes tienen mayormente el control de la situación de interacción,

acá. Asimismo, mucha de la investigación etnográfica sobre acción colectiva ha mostrado que estas prácticas eran vividas por sus participantes no solo como protestas sino también como una instancia para salir de la agobiante cotidianeidad barrial (Segura, 2015).

la vida social en los espacios públicos se caracteriza “no tanto por estar ordenada, como por estar permanentemente ordenándose” (Delgado 2007: 90), debido a las relaciones efímeras y anónimas, la centralidad de la mirada y la apariencia, y el cruce de diversas movilidads y temporalidades que resultan en “la formación de configuraciones espacio-temporales más efímeras” (Arantes, 2000: 106).

Sin embargo, si bien el espacio público urbano se define en términos normativos por los ideales de heterogeneidad, accesibilidad e igualdad (Caldeira, 2001) o por las cualidades de lo común, lo accesible y lo visible (Rabotnikof, 1997) propios de un ámbito moderno y democrático, la investigación acumulada sobre las ciudades latinoamericanas señala el desplazamiento desde una “convivencia pacífica, pero distante” hacia una “convivencia tensa y en disputa” (Torres 2008). Mientras que en la primera predominarían las formas típicas de organizar la co-presencia entre extraños en el espacio público que Goffman (1974) denominó “desatención cortés”, la segunda –como nos muestra el caso de varias prácticas de jóvenes de sectores populares abordadas en el apartado anterior– se caracteriza por una progresiva pérdida del “derecho al anonimato” (Delgado, 2007) por parte de diversos actores sociales (jóvenes, pobres, migrantes, vendedores ambulantes, etc.) que se encuentran ante la imposibilidad de circular por la ciudad sin tener que dar explicaciones, fundamentada en diversas formas de la estigmatización, dando lugar a interacciones disputadas. “Conflictividad constitutiva” (Huffschmid, 2012) del espacio público urbano, en el que no hay nada estabilizado o garantizado para siempre, sino negociación, conflictos e, incluso, exclusiones.

Estas dinámicas conflictivas se han agudizado en los últimos años por un conjunto de políticas orientadas hacia la “recuperación” de espacios públicos centrales¹² de diversas ciudades como Bogotá (Do-

¹² Una vez enunciada a nivel mundial la crisis de la ciudad en la década de 1970, diversas teorías pregonaron la *recuperación* de la ciudad, depositando gran parte de sus esperanzas en – y orientando sus intervenciones hacia – el *espacio público* de la ciudad entendido como lugar donde la ciudadanía se activa, se construye y se ejerce; espacio de encuentro entre diferentes; condición de posibilidad del diálogo, el diseño,

novan, 2004), México (Delgadillo, 2008), Rio de Janeiro (Janoschka y Sequeira, 2014), Santiago (Contreras, 2011; Casgrain y Janoschka, 2013) y Buenos Aires (Carman, 2011), entre otras, muchas de las cuales han sido interpretadas como formas específicas de gentrificación urbana (Janoscha y Sequera 2014; Rodríguez y Di Virgilio 2016), re-instalando –o profundizando– las dinámicas conflictivas respecto de quién puede estar dónde haciendo qué cosa.¹³

Sin desconocer las prácticas de expulsión efectiva de actores considerados “indeseables”, “peligrosos” y/o “fuera de lugar” como vendedores ambulantes, jóvenes de sectores populares, asentamientos precarios, cartoneros, migrantes o prostitutas que efectivamente ocurren en distintas ciudades latinoamericanas –muchas veces incluso esgrimiendo en su fundamentación la defensa o la recuperación del patrimonio, la cultura, la naturaleza y/o el espacio público (Carman 2006, 2011)– y que podríamos denominar “convivialidad negada”, nos centraremos en las “convivialidades disputadas” que se dan en torno a dos actores¹⁴ habituales de los espacios públicos cen-

el conflicto y de su eventual resolución. De esta manera –y sin menospreciar la relevancia del espacio público urbano– en el contexto del fin de la experiencia socialista y el final del ciclo de dictaduras latinoamericanas, asistimos a cierto “romance del espacio público”, el cual funciona como el “lugar idealizado donde depositamos todas las virtudes de la ciudad para no tener que afrontar el difícil compromiso de ponerlas en práctica en la realidad de nuestras ciudades” (Gorelik, 2008: 44) y cuyos efectos, paradójicamente, muchas veces profundizan las tendencias que se busca contrarrestar.

¹³ En efecto, como señalan varios de los autores y las autoras citados y citadas, estas políticas generaron contextos de convivialidad específicos en los que interactúan los nuevos habitantes de ingresos medios y altos y los residentes pobres de las zonas “rehabilitadas” o “revitalizadas” de algunos centros históricos que no fueron completamente desplazados, así como también supusieron relaciones conflictivas con diversas prácticas económicas “informales”, como la venta ambulante.

¹⁴ Los modos de denominar a ambos actores no solo cambia dependiendo de la ciudad y el país, sino que también se modifican a lo largo del tiempo en una misma ciudad. Esto se debe en gran medida a que, a diferencia de los jóvenes de sectores populares, “cartoneros” y “personas en situación de calle” no solo son visibles en el espacio urbano, sino que han sido reconocidos y clasificados como tipos específicos de colectivos humanos, con políticas que se focalizan y se dirigen específicamente a cada uno de ellos y ellas.

trales: los “cartoneros” en Buenos Aires y las “personas en situación de calle” en São Paulo.

Recorridos cartoneros en Buenos Aires

Diversos autores han señalado para el caso de Buenos Aires la existencia de un orden espacial que busca sostener el imaginario de un país europeo, blanco y moderno (Margulis 1998; Grimson y Segura 2016) y que se condensa en la idea esgrimida por la última dictadura militar de “merecer la ciudad” (Ozlak 1991), lo que supuso la erradicación violenta de las “villas miseria” de la ciudad. Sin embargo, desde el retorno de la democracia –y fundamentalmente a partir de la crisis de 2001– la posibilidad de control de los lugares centrales de la ciudad que históricamente funcionaron como sinécdoque del supuesto carácter europeo de la Argentina se resquebrajó y los mismos devinieron espacios de coexistencia, negociación y conflicto entre multiplicidad de actores desiguales.

Como mostraron Perelman y Boy (2010: 394) para el caso de los cartoneros, el incremento de la segregación residencial en Buenos Aires se vio acompañada por la aparición de nuevas modalidades de encuentro entre actores desiguales en el espacio público, y ciertas zonas centrales de la ciudad se consolidaron como espacios de convivencia entre sectores que pertenecen al orden económico formal y los marginados del sistema productivo, dando lugar a relaciones de contacto, reciprocidades y nuevos conflictos urbanos. Si bien la actividad del *cirujeo* en Buenos Aires no es novedosa, se modificó su localización geográfica: desde los vaciaderos a cielo abierto ubicados en los márgenes de la ciudad hacia los barrios más ricos de la ciudad y las zonas de mayor actividad comercial. De esta manera, los cartoneros comenzaron a cruzar poderosas fronteras urbanas (Grimson 2009), desestabilizando la ecología de la ciudad y circulando por barrios pudientes donde su presencia no era habitual y muchas veces resulta intolerable para sus residentes y, por lo mismo, conflictiva.

En el marco de estos desplazamientos por la ciudad, y debido al estigma que recae sobre los cartoneros, Perelman y Boy (2010) identifican cierta tensión entre el deseo de ser anónimos y pasar desapercibidos y no solo la imposibilidad de hacerlo (cargan con lo que estos autores denominan “uniforme de pobreza”, lo que los torna altamente visibles) sino fundamentalmente la necesidad de ser reconocidos, ya que deben generar relaciones estables con distintas personas como porteros de edificios y vecinos (sus *clientes*) para asegurarse el acceso a la mercadería que recolectan. “Para ello, crean recorridos fijos, lo que les permite entrar en este círculo de confianza construido a partir de ser vistos diariamente en la zona en la que recolectan” (Perelman y Boy, 2010: 411).

A partir de su etnografía con cartoneros que cotidianamente se trasladaban en el tren blanco¹⁵ desde la localidad de José León Suárez, en el noroeste del conurbano bonaerense, hacia los barrios pudientes de la ciudad de Buenos Aires, Débora Gorban (2014: 131-132) mostró que la categoría nativa *recorrido* “no refiere simplemente a un trayecto por un conjunto específico de calles de algún barrio de la ciudad, sino que abarca al mismo tiempo el espacio, las interacciones y las cosas”. Después de un tiempo en el campo la autora reconoció:

Si en un primer momento mi atención se centró en los espacios que los cartoneros transitaban, más adelante comprobé que esos espacios cobraban sentido en función de las relaciones que allí establecían, y que estas relaciones resultaban centrales para conseguir los materiales. De esta forma, la diferencia entre un recorrido bueno y

¹⁵ Se trataba de un servicio de ferrocarril diferenciado para cartoneros, que funcionó desde 2000 a 2007, cuyos orígenes se remontan a los conflictos generados por la presencia de personas que viajaban con carretas a la ciudad a recuperar residuos (Gorban, 2014). Para Soldano (2013) la existencia de este tipo de servicios diferenciados remite a la demarcación de una especie de “corredor” que establece las condiciones (materiales, temporales y sociales) para el “desplazamiento” de los cartoneros desde sus espacios de “confinamiento” hacia la ciudad.

uno malo residía en conseguir que los vecinos, los porteros y/o los comercios, les guarden los materiales (Gorban 2014: 143).

Desde la perspectiva de la autora, la estabilidad y previsibilidad del recorrido permite que los vecinos, comerciantes, porteros y otros habitantes del barrio conozcan a quien transita sus calles en busca de materiales, condición necesaria –mas no suficiente– para “ganarse la confianza” a partir de la cual establecer acuerdos para que les guarden materiales. Ante la presencia de estos vínculos de reciprocidad en un contexto en el cual persisten las quejas sobre las personas que llegan a la ciudad procedentes de barrios pobres del conurbano en busca de residuos (invasión de la pobreza, cara visible de la crisis, aumento del delito), la autora se pregunta: “¿Si los cartoneros reciben cosas, qué ponen ellos en circulación?” (Gorban, 2014: 144). La respuesta es que la devolución de los cartoneros es de naturaleza moral: “el cartonero devuelve una imagen de sí moralmente válida, no solo a través de su presencia cotidiana sino a través de la manera en que se presenta ante los demás” (Gorban, 2014: 150). Esto implica un conjunto de prácticas cotidianas orientadas a “cuidar el rostro”¹⁶ y ser “digno de respeto”, entre las que se destacan: la previsibilidad de la visitas, el cumplimiento de los acuerdos, “cuidar la cuadra” (no romper las bolsas de residuos, limpiar lo que se ensucia, dejar todo ordenado) e, incluso, devolver dinero y cosas valiosas extraviadas por sus propietarios. Todas prácticas orientadas a “ganarse la confianza” de los vecinos hacia personas pobres transitando por barrios altos buscando en la basura, que lidian cotidianamente con la vergüenza, el descrédito y el estigma y que, a partir de sus prácticas, quieren señalar “estamos trabajando, no robando”.

¹⁶ Esta forma de reciprocidad también fue descrita por Ariel Wilkis (2006) para el caso de los vendedores de “publicaciones de la calle” en la ciudad de Buenos Aires.

Viração de chicos en la calle en São Paulo

Por su parte, la investigación sobre las personas “en situación de calle” en el espacio público de São Paulo ha indagado en la producción de las fronteras simbólicas que separan, aproximan, jerarquizan y ordenan a los grupos sociales en sus relaciones recíprocas en tales espacios (Arantes, 2000). En este sentido, Almeida et al. (2008) han señalado que mientras la dificultad de fijación espacial de estas personas debido a la presión constante que sufren por parte de habitantes cercanos, la policía y otros actores que utilizan el espacio público diariamente constituye una de sus características distintivas, la principal manera de diferenciación de esta población heterogénea vinculada al universo de la calle es el tiempo, que da lugar a al menos tres situaciones diferentes: *ficar na rua* (circunstancial), *estar na rua* (reciente) y *ser da rua* (permanente).

Dentro de este universo, el trabajo etnográfico de María Filomena Gregori (2000) acerca de la experiencia de *meninos nas ruas* es paradigmático de este movimiento que implica circular por el espacio público, las instituciones, las idas y venidas entre sus casas y las calles, estableciendo relaciones con transeúntes, comerciantes, policías, asistentes sociales, educadores y religiosos. Entre estos lugares y actores, los niños de la calle “*se-viram*”. Como describe la autora:

Viração es un término empleado coloquialmente para designar el acto de conquistar recursos para la sobrevivencia. Más usualmente es reflejo de las actividades informales de trabajar, “dar un jeito”, gambetear el desempleo, etc. Los chicos de la calle *se viram*, lo que significa, en muchos casos, se vuelven mendigos o ladrones o prostitutas, o, incluso, se comportan como menores carentes en los escritorios de la asistencia social. Para ellos, la *viração* contiene algo más que la mera sobrevivencia, aunque sea su instrumento. Hay un intento de manipular recursos simbólicos e identificatorios para dialogar, comunicar y posicionarse (...). En este sentido, es una noción que sugiere, más que el movimiento –que es dinámico y constante– una

comunicación persistente y permanente con la ciudad y sus varios personajes” (2000: 31; traducción propia).

A partir de su investigación Gregori muestra que las múltiples, heterogéneas y muchas veces contradictorias imágenes y categorías que construyen acerca de estos niños diversos agentes (y especialmente, la “trama institucional” que los tiene como su objeto de intervención) alimentan la *viração* y la circulación. En efecto, “¿cómo se relaciona el niño de la calle con las imágenes y con el tratamiento que se le destina? Él se vira” (2000: 219; traducción propia) entre referencias oscilantes, que van desde el miedo que genera en algunas personas hasta la víctima que es para otras personas. “El nombrado no encuentra un modelo seguro al respecto de sí, encuentra varios, oscilantes y antagonicos.¹⁷ Y aprende a lidiar con ellos y con la propia oscilación” (2000: 220). De esta manera, circulando entre varios organismos, *se virando*, sobreviven y se protegen, pero su destino permanece preso en la circularidad y en la circulación.

Asimismo, la autora señala que la circulación constituye un “patrón urbano popular” producto de la pobreza, en especial de aquellos pobres que no consiguen mantener en la esfera privada (la casa, el barrio, la comunidad, el trabajo fijo) el espacio de su reproducción, buscando mejores oportunidades en el universo público y el mercado informal de trabajo (Gregori 2000: 218). En estos tránsitos y desplazamientos – que, más allá de las diferencias, consiste en una experiencia compartida por jóvenes de la periferia, cartoneros, niños en situación de calle, vendedores ambulantes y, como veremos, migrantes a la ciudad – se despliegan las interacciones y las negociaciones con otros actores e instituciones para permanecer en la ciudad y llevar adelante la propia vida.

¹⁷ Dinámicas similares fueron descriptas para el caso de Buenos Aires (Gentile 2008, 2011) y Bogotá (Salcedo 2017).

La experiencia migrante: la ciudad como contexto, los contextos de la ciudad

Nuestro último escenario remite a las relaciones entre espacio urbano y diferencia étnica y/o cultural, específicamente en procesos de migración. La migración a la ciudad es clave para reflexionar sobre la convivialidad en una doble dirección. Por un lado, la variabilidad en la experiencia urbana migrante constituye un terreno fértil para reponer el carácter de “contexto de convivialidad” de cada ciudad, es decir, para reconocer que cada configuración urbana otorga lugares específicos a la diferencia étnica y/o cultural, estableciendo espacios de interlocución y marcos de interrelación particulares así como lógicas de discriminación y estigmatización específicas (Caggiano 2005), a partir de las cuales –y sobre las cuales– se despliega la propia agencia migrante. Por el otro, la experiencia migrante en la ciudad se desarrolla entre (y conecta) varios de los distintos “contextos de convivialidad” que coexisten en una ciudad, variando en consecuencia de manera situacional sus formas de identificación, acción y disputa. Veremos a la ciudad, entonces, como contexto de convivialidad (más o menos receptivo, más o menos estigmatizante, más o menos segregador, etc.) para las y los migrantes y, simultáneamente, a las y los migrantes desplazándose por la ciudad, conectando diversos contextos de convivialidad, comportándose situacionalmente en cada uno de ellos y, en no pocas ocasiones, transformando la ciudad y los contextos de convivialidad entre los que circulan.

Escenas interculturales y recorrido territorial de bolivianos en Buenos Aires

La historia cultural Buenos Aires está atravesada por la construcción y crisis de espacios de negociación y conflicto entre identidades diversas, en el marco de una sociedad que instituyó la idea de que la “cultura nacional” sería producto de un “crisol de razas” venidas de Europa (Grimson, 1999; Sarlo, 2009) sintetizada en la afirmación “los

argentinos descendemos de los barcos”. En este escenario, “una dimensión fundamental, aunque muchas veces oculta, en la cultura urbana contemporánea es la presencia de los inmigrantes [latinoamericanos] como clave a partir de la cual se estructura la diferencia” (Grimson 1999: 43), en tanto constituye aquello que “no entra en el crisol” (Caggiano 2005).

La mayor parte de los migrantes bolivianos residen en el suroeste pobre de la ciudad de Buenos Aires, junto con otras personas no migrantes con quienes comparten similares condiciones socio-económicas. En su experiencia de la ciudad, a los “estigmas territoriales” que pesan sobre todos los habitantes de estas zonas relegadas, se le suma en diversas situaciones de interacción cotidiana un estigma específicamente racial o étnico, que acompaña a las y los migrantes tanto en los espacios residenciales socialmente heterogéneos donde habitan y donde la nacionalidad, la etnia y la raza importan, como mucho más allá del lugar de residencia: en el espacio público, en el transporte público, en las instituciones educativas y sanitarias, en el ámbito laboral, entre otros (Caggiano y Segura 2014: 33).

En este sentido, en *Relatos de la diferencia y la igualdad*, trabajo seminal de Alejandro Grimson (1999) sobre la migración boliviana en Buenos Aires, se analizan diversas “escenas interculturales” en distintos espacios de la ciudad: el transporte colectivo, el trabajo, las interacciones con la policía, entre otros. El análisis del punto de vista y las prácticas de migrantes bolivianos permiten acercarnos no solo a las formas en que la “sociedad receptora” los trata –homogeneización estereotipada de “lo boliviano” ciega a las heterogeneidades corporales, étnicas, regionales y de clase–, sino también a las múltiples formas en que las y los migrantes se posicionan ante la estigmatización –desde el silencio, pasando por la negación de la adscripción, hasta estrategias de contra-estigmatización– y el carácter situacional de estas interacciones, dependiendo de los contextos, los actores involucrados y las interdependencias existentes, ya que no es lo mismo compartir un transporte colectivo que las relaciones que se

establecen con un policía en el espacio público o los vínculos al interior del espacio laboral.

La experiencia migrante se construye entonces a través de estos diversos contextos de convivialidad, en los cuales se establecen interacciones, negociaciones y conflictos específicos. En este sentido, si por un lado encontramos una ciudad demarcada (Caggiano 2012), producto de la intersección de límites de clase, etnia, “raza” y nacionalidad que condicionan los recorridos de las y los migrantes y su apropiación del espacio, por otro es posible encontrar usos alternativos de la ciudad, productos de prácticas de las y los migrantes que “transgreden” el orden urbano y trascienden la ciudad demarcada, lo que suele generar fricciones y disputas. Estas transgresiones van desde la marcación material de partes de la ciudad habitada por las y los migrantes hasta las progresivas incursiones en “la otra ciudad”, explicables en gran medida a partir de dimensiones etarias (jóvenes), generacionales (segunda generación), temporales (mayor tiempo de residencia en la ciudad), laborales (personas que no trabajan en los talleres textiles) y/o militancia y activismo cultural (Caggiano y Segura 2014) que permiten otro conocimiento de la ciudad y otras formas de vincularse con los demás. Este es el caso también de mujeres que tienen a su cargo el cuidado de otros familiares y que, debido a la baja dotación de recursos sanitarios o educativos en sus barrios, salen a buscar paliativos y alternativas. “Romper el gueto” es la fórmula que utiliza una mujer en su búsqueda de acceso a la atención en salud y explica en qué consiste la tarea: hay que buscar dónde se consigue una buena atención, que no siempre está en el barrio o cerca de allí; sortear no sólo la escasez de recursos sino también el racismo y la xenofobia; lograr “un trato de ser humano a ser humano”. Se trata de hacer averiguaciones y preguntar a los contactos confiables, generalmente otras mujeres, en qué hospital, en qué servicio o por cuál profesional serán bien recibidas ellas, sus hijos o sus compañeros, pasar la voz y armar redes que se expanden en la búsqueda de una buena atención (Caggiano y Segura 2014: 37). Se despliega, entonces, un modo de circulación y apropiación particular de la ciudad

que se condensa en la categoría nativa *recorrido territorial* (Caggiano 2012), la cual refiere a formas de apropiación del espacio que no son explícitamente conflictivas, sino que se trata de una disputa velada, cierta persistencia de los usos y cierta lenta apropiación de espacios, por medio de la cual actores estigmatizados consiguen “hacerse un lugar” en una sociedad que muchas veces los maltrata y que, de manera recurrente, reactualiza la frontera nosotros/otros.¹⁸

Lo peruano en el centro de Santiago de Chile

Desde mediados de la década de 1990, Chile comenzó a experimentar un incremento sostenido en el número de inmigrantes, principalmente de origen latinoamericano. Entre estos procesos migratorios se destaca la “presencia” y la “diferencia” que la migración peruana introduce en el espacio urbano de Santiago de Chile (Garcés 2015: 15), especialmente por la existencia de una gran concentración de migrantes contigua a Plaza de Armas, centro cívico e histórico de la ciudad, referenciado despectivamente como “pequeña Lima”. Más allá de las diferentes posiciones acerca de la posibilidad de aplicar el concepto de “enclave étnico” a estas concentraciones (Stefoni 2013; Garcés 2015), las investigaciones remarcan la visibilidad creciente de *lo peruano* en Santiago y los malestares y los conflictos que dicha presencia/diferencia en el centro de la ciudad generan.

Desde la perspectiva de Garcés (2015: 15), la concentración de *lo peruano* en determinados espacios en la ciudad, manifestada en una actividad comercial y una sociabilidad en el espacio público, más la marcación de unos lugares a través del despliegue de variadas mercancías y objetos culturales, remiten a la estructuración de una

¹⁸ Estas distinciones se replican en diversos ámbitos. Canelo (2018) analizó estos mecanismos en el Cementerio de Flores que ha sido “marcado” por migrantes bolivianos para quienes el cementerio no es sólo el sitio donde descansan los seres queridos, sino también un lugar para compartir, expresar y (re)crear lazos y sentidos de comunidad. Y son precisamente estas maneras alternativas de construir y usar el espacio del cementerio las que son señaladas como “inapropiadas” e intervenidas por las agencias estatales, que buscan normalizarlas.

territorialidad migrante en la ciudad. Y esta concentración es novedosa, ya que los procesos migratorios anteriores no se han expresado espacialmente en la ciudad, ni las diferencias culturales han sido territorializadas (Imilan 2014:18).

Entre estos fenómenos destaca la proliferación de restaurantes, negocios de venta de productos de alimentación y de comida callejera que ha transformado el entorno urbano y por el cual “la ciudad deviene en terreno de apropiaciones, disputas y marcaciones simbólicas como proceso para la emergencia de un paisaje de la migración” (Imilan 2014: 16). Para este autor la expansión vertiginosa del *restaurant peruano* (de sólo dos locales a principios de la década de 1990 a más de 300 a principios de 2013) consiste en una estrategia de inserción económica para las y los migrantes que tiene menos que ver con una supuesta *cultura peruana* –no es, en efecto, una estrategia de inserción de los colectivos peruanos en otras partes del mundo– que con las interacciones que se establecen con la sociedad receptora. Por lo mismo, “la emergencia de los restaurantes peruanos, como expresión de una gastronomía nacional, es [también] un instrumento que negocia el reconocimiento del “otro” por parte de la sociedad chilena, como nuevo habitante de la ciudad” (2014: 17).

Sin embargo, si bien la gastronomía peruana configura “espacios de contacto entre migrantes y nativos chilenos” (Garcés 2015: 17), no reduce el estereotipo y la discriminación legible en el accionar policial y la fiscalización estatal de las actividades en las áreas de concentración peruana, que se basan en la idea de que “la permanencia en el espacio público es una falta” (Garcés 2015: 218) y cuya solución pasaría por confinar estas actividades y esta sociabilidad en otro espacio, en otros lugares. Domesticar la diferencia, confinarla y organizarla, para que no estorbe o interrumpa las pretendidas buenas maneras del centro de la ciudad. (Garcés 2015: 18).

Trasegares de los desplazados en Bogotá

Trasegares –que proviene del latín *transicare* (pasar)– es el término escogido por Andrés Salcedo (2015: 9) “para explicar las innumerables mudanzas, cambios, movimientos e itinerarios que muchos colombianos emprendieron, de un lugar a otro, en medio de las confrontaciones entre campañas paramilitares, operaciones militares y reacciones guerrilleras en los albores del nuevo milenio (2002-2005)”. En su poderosa etnografía, Salcedo se opone al discurso que pone el acento únicamente en la pérdida y el desarraigo, mostrando que este colectivo heterogéneo de personas que llegaron a Bogotá hace más de 10 años, englobado bajo la categoría de *desplazados*, son en realidad *forjadores* de la ciudad: hombres y mujeres que se trasladaban a la ciudad y la transformaban, a la vez que la ciudad modificó a quienes se instalaron y permanecieron en ella. Al sobrellevar las barreras y fronteras de acceso a la vivienda, la educación y el trabajo estas personas no solo desataron procesos de urbanización y densificación urbana sino también “zonas de contacto intercultural” que “propician nuevos escenarios de fricción y convivencia” (Salcedo, 2015: 12).

Bogotá es una ciudad segregada y policéntrica y los desplazados se instalaron en las periferias sur y oeste de la ciudad. Para 2002, más de la mitad de las personas internamente desplazadas no tenían empleo, mientras el resto se insertó en el mercado informal: vendedores ambulantes, trabajadores y cuidadores de predios, empleadas del servicio doméstico, asalariados en el sector de la construcción y ayudantes en pequeñas tiendas de barrio. Además de generar sospecha y desconfianza entre los habitantes de clases medias con quienes se encontraban en los semáforos de Bogotá donde solían pedir dinero, la representación dominante sobre los desplazados por parte de las instituciones y de muchos bogotanos los construye como portadores de una identidad indeterminada debido a la pérdida de “su lugar” o de sus “orígenes” (como desconectados de una cultura originaria) y los define como carentes: de competencias urbanas, de buen nivel de

vida, de reconocimiento social, de patrimonio material, de vivienda, de trabajo y de identidad. Estos supuestos, además, se fusionaban con la creencia de que las diferencias culturales eran insuperables, reforzando el efecto de las fronteras socio-raciales para marcar las diferencias.

Estas representaciones median las interacciones y, de manera análoga a lo que ocurre con los *meninos na rua*, “los y las migrantes escondían algunos aspectos de su identidad y enfatizaban otros dependiendo de la situación” y de esta manera “cuando buscaban un lugar para alquilar o durante las entrevistas de trabajo, estas personas debían ocultar sus historias de despojo y desalojo”, mientras que “cuando requerían servicios de salud o asistencia ante las oficinas públicas, debían mostrar las cartas que los y las certificaban como personas desplazadas” (2015: 116-117). En el marco estas dinámicas, si bien para muchos de los recién llegados la ciudad era un espacio temido por su inmensidad y por sus códigos hostiles de pertenencia, trato y apariencia, también fue un lugar de oportunidades que les permitió dejar de lado la violencia política y las relaciones patronales que regían en las zonas donde habían residido previamente. Como sintetiza Salcedo, el desplazamiento forzado

desencadenó un proceso de reconfiguración social, demográfica y política sin precedentes en las periferias y zonas céntricas de Bogotá (...). Durante este proceso de recomposición, se crearon espacios inesperados y sorprendentes de contacto cultural donde los inmigrantes antiguos y los recién llegados, los organismos internacionales, las organizaciones no gubernamentales, las asociaciones de mujeres, y las políticas públicas distritales y nacionales convergían en temas como el fortalecimiento emocional, el ambientalismo, el multiculturalismo, los programas con enfoque de género y la afirmación de diferencias culturales. (Salcedo, 2015: 250).

La ciudad, entonces, es un contexto de convivialidad que otorga lugares (generalmente desvalorizados) a la diferencia, a la vez que la migración modifica de formas variables a la ciudad y a sus contextos

de convivialidad, en un proceso conflictivo y cambiante a lo largo del tiempo, en el que se producen e impugnan imaginarios, se tejen relaciones de interdependencia y se negocian formas de interacción cotidiana.

A modo de cierre: orden urbano, movimiento y convivialidad en el “hacer ciudad”

La búsqueda de indicios acerca de las formas de la convivialidad en ciudades latinoamericanas presentes en investigaciones de antropología urbana contemporánea –las cuales, como vimos, no tienen entre su arsenal conceptual la noción de convivialidad– derivó hacia una multiplicidad de ciudades y una heterogeneidad de espacios, situaciones y prácticas que dieron pie a la formulación de algunas hipótesis acerca de los modos de estar juntas y juntos en ciudades profundamente desiguales y diversas. Por estos motivos, estas reflexiones finales buscan sistematizar esos indicios recabados en distintas investigaciones y proponer un conjunto de claves analíticas pensando en el desafío futuro de analizar la convivialidad urbana.

Contra la imagen habitual del caos y la imprevisibilidad urbana, intentamos mostrar que en las ciudades latinoamericanas existen órdenes socio-espaciales que distribuyen desigual y diferencialmente actores, acciones y actividades. Estos órdenes urbanos, mezclas de coacción y consenso, de reglas explícitas y acuerdos implícitos, regulan la vida en la ciudad. A la vez, en tanto las ciudades se encuentran sujetas a una transformación constante producto de multiplicidad de agentes y procesos, estos órdenes urbanos son constantemente desafiados o desestabilizados por prácticas de diversa naturaleza. Es precisamente en este encuentro entre orden urbano y prácticas sociales que se configuran los “contextos de convivialidad”, en los que la interacción entre diversos y desiguales actores da lugar a negociaciones, conflictos y transformaciones sociales y urbanas.

Dependiendo de la escala de análisis, la ciudad puede ser pensada como un contexto de convivialidad y también como lugar en el que coexisten diversos contextos de convivialidad. Más allá de la escala, dimensiones como el grado de control normativo que un agente tenga sobre el contexto y el tipo de distancia social involucrado en cada uno de los contextos da lugar a “modos o formas de convivialidad” específicas. La clasificación tentativa de formas de convivialidad (jerárquica, organizada, expandida, cuestionada y disputada) que se despliega en este trabajo es solo un esbozo inicial de caminos que se deberán profundizar y precisar en investigaciones futuras.

Ahora bien, más allá de las escalas, la diversidad de contextos de convivialidad y las distintas formas de convivialidad, se pueden inferir algunos rasgos transversales a dichas escalas, contextos y formas, relativos al establecimiento de ciertas tramas de reciprocidad social que nos remite a la naturaleza interdependiente de la vida urbana. Si para los fines de este trabajo nos distanciamos de cierto “horizonte normativo” del concepto convivialidad (un deber ser) presente, por ejemplo, en el *Manifiesto Convivialista* y propusimos en cambio usarlo como una “categoría descriptiva” (formas efectivas de ser) para identificar y describir formas de estar juntas y juntos en la ciudad, uno de los resultados es que la interdependencia no es algo por venir, sino un rasgo constitutivo de los contextos y las formas de convivialidad analizadas. La ciudad, entonces, incluso a pesar de las tendencias activas hacia la separación y el aislamiento, puede ser pensada como una red de redes (Hannerz, 1986) de relaciones interdependientes.

Algunas de estas relaciones de interdependencia suelen adquirir la forma de una reciprocidad social asimétrica que buscan construir *jerarquía* y/o *confianza* entre actores diferentes y desiguales en la ciudad. Como vimos en casos diversos que van desde las relaciones que establecen empleadores, empleados y vecinos pobres de urbanizaciones privadas hasta los acuerdos entre cartoneros y vecinos en las calles de barrios pudientes de la ciudad, esta construcción de *jerarquía* y/o *confianza* busca ordenar y “estabilizar” la interacción entre

actores heterogéneos y desiguales en el espacio urbano (quién, bajo qué condiciones, cuándo y para qué puede circular por una urbanización cerrada o un barrio pudiente). Por supuesto, esto no siempre sucede, ya que muchas veces las presencias “fuera de lugar” son expulsadas violentamente, “convivialidad negada” que se da por ejemplo con los pobladores pobres y los vendedores ambulantes, entre otros actores, en ciertos procesos de gentrificación urbana. Y otras veces –quizás se trate de las experiencias más productivas– la interacción entre actores diferentes y desiguales va transformando –ya sea de manera más o menos abrupta, o de forma inercial, lentamente, de una manera casi imperceptible– las dinámicas y los órdenes urbanos, como los casos que agrupamos bajo las ideas de “convivialidad expandida” y “convivialidad disputada”: las y los jóvenes de la periferia que se hacen un lugar en el centro, las y los migrantes que negocian su presencia en la ciudad.

Por último, resulta sintomático como ciertas formas del movimiento y la movilidad están involucradas en todos los escenarios analizados: los desplazamientos y las relaciones entre el adentro y el afuera de los enclaves fortificados y los centros comerciales; los circuitos de sociabilidad juvenil popular que se despliegan entre la periferia y el centro; los *recorridos* de los cartoneros, la *viração* de los chicos en la calle, los desplazamientos del *saraus*, el *recorrido territorial* de las y los migrantes, los *trasegares* de los desplazados por la ciudad... En todos estos casos, además, no se trata exclusivamente de la movilidad geográfica que conecta lugares a través de la ciudad sino también de la experiencia cultural del movimiento que la vida urbana –con sus cambiantes contextos de convivialidad por los que las personas circulan y en los que de modo situacional interactúan– demanda.

Retomando las sugerencias de Michel Agier –antropólogo que trabajó en ciudades colombianas (Agier 1999) y brasileñas (Agier 2011), entre otros lugares– podríamos aventurar que la propia ciudad se produce en estos movimientos. “Una negociación viene después del primer movimiento de ocupación” escribe Agier (2015: 491) en

relación a la producción de ciudad desde sus márgenes, característica del desarrollo urbano latinoamericano, siguiendo la secuencia de invasión –ocupación– instalación propia del movimiento del derecho a la ciudad como derecho de estar allí y desde allí llevar una vida urbana. Precisamente este acto de movimiento hacia –y de presencia en– la ciudad, el barrio, el centro comercial y/o el espacio público es constitutivo de las prácticas analizadas en este artículo, las cuales desestabilizan el orden urbano y dan lugar a la posterior negociación y transformación (muchas veces conflictiva) de ese orden. De esta manera, del mismo modo que el movimiento permanente de “hacer ciudad” (que es geográfico, pero también social y político) permite a la antropología decir algo sobre la ciudad a partir de las experiencias concretas que se observan en el espacio urbano, es también a partir de este tipo de movimiento (*viração, recorridos, trasegares*) que se despliega y se transforma la convivialidad en las ciudades latinoamericanas.

Bibliografía

Adloff, Frank (2018): “Practices of Conviviality and the Social and Political Theory of Convivialism”, *Mecila Working Paper Series*, N° 3, São Paulo: The Maria Sibylla Merian International Centre for Advanced Studies in the Humanities and Social Sciences Conviviality-Inequality in Latin America.

Agier, Michel (1999): “¿Cómo hacer ciudad en el nuevo siglo?”, en: Agier, Michel, Manuela Alvarez, Odile Hoffmann y Eduardo Restrepo, *Tumaco: haciendo ciudad. Historia, identidad y cultura*, Iacán: Universidad del Valle.

— (2011): *Antropología da cidade*, São Paulo: Terceiro Nome.

— (2015): “Do direito a cidade ao fazer-cidade. O antropólogo, a margem e o centro”, en: *Maná*, 21, 3, 483-498.

Almeida, Ronaldo de; D’ Andrea, Tiarajú y De Lucca, Daniel (2008): “Situações periféricas. Etnografia comparada de pobrezas urbanas”, en: *Novos Estudos*. 82, 109-130.

Appadurai, Arjun (2018): “The Risks of Dialogue”, *Mecila Working Paper Series*, No. 5, São Paulo: The Maria Sibylla Merian International Centre for Advanced Studies in the Humanities and Social Sciences Conviviality-Inequality in Latin America.

Arantes, Antonio (2000): *Paisagens Paulistas. Transformações do Espaço Público*, Campinas: Unicamp.

Bayón, María Cristina and Saraví, Gonzalo (2013): “The Cultural Dimensions of Urban Fragmentation: Segregation, Sociability, and Inequality in Mexico City”, en: *Latin American Perspectives*, 189, 40, 35-52.

— (2018): “Place, Class Interaction, and Urban Segregation: Experiencing Inequality in Mexico City”, en: *Space and Culture*, 21, 3, 291-305.

Borsdorf, Axel (2003): “Cómo modelar el desarrollo y la dinámica de la ciudad latinoamericana”, en: *Revista EURE*, 29, 86, 37-49.

Caggiano, Sergio (2005): *Lo que no entra en el crisol. Inmigración boliviana, comunicación intercultural y procesos identitarios*, Buenos Aires: Prometeo.

— (2012): “Inmigrantes en la ciudad de Buenos Aires: demarcaciones y recorridos”, en: Huffschmid, Anne and Valeria Durán (Eds.) *Topografías conflictivas: memorias, espacios y ciudades en disputa*, Buenos Aires: DAAD/Nueva Trilce.

Caggiano, Sergio y Segura, Ramiro (2014): “Migración, fronteras y desplazamientos en la ciudad. Dinámicas de la alteridad urbana en Buenos Aires”, en: *Revista de Estudios Sociales*, 48, 29-42.

Caldeira, Teresa Pires do Río (2001): *Ciudad de Muros. Crimen, segregación y Ciudadanía en São Paulo*, Barcelona: Gedisa.

— (2010): *Espacio, segregación y arte urbano en el Brasil*, Buenos Aires: Katz Editores.

— (2012): “Inscrição e circulação. Novas visibilidades e configurações do espaço público em São Paulo”, en: *Novos Estudos*, 94, 31-67.

Canelo, Brenda (2018): “La producción espacial de fronteras nosotros/otros. Sobre migrantes, agentes estatales y legitimidad pública en Ciudad de Buenos Aires”, en: *Antípoda*, 31, 3-24.

Capron, Guénola y Sabatier, Bruno (2007): “Identidades urbanas y culturas públicas en la globalización. Centros comerciales paisajísticos en Río de Janeiro y México”, en: *Alteridades*, 17, 33, 89-99.

Carman, María (2006): *Las trampas de la cultura. Los “intrusos” y los nuevos usos del barrio de Gardel*, Buenos Aires: Paidós.

— (2011): *Las trampas de la naturaleza. Medio ambiente y segregación en Buenos Aires*, Buenos Aires: FCE/CLACSO.

— (2015): “Cercanías espaciales y distancias morales en el Gran Buenos Aires”, en: Kessler, Gabriel (Dir.) *El Gran Buenos Aires*, Historia de la provincia de Buenos Aires. Vol. 6, Buenos Aires: UNIPE / EDHASA.

Casgrain, Antoine y Janoschka, Michael (2013): “Gentrificación y resistencia en las ciudades latinoamericanas. El ejemplo de Santiago de Chile”, en: *Andamios*, 10, 22, 19-44.

Certeau, Michel de (2000) *La invención de lo cotidiano I*, México: ITESO.

Chaves, Mariana (2010): *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*, Buenos Aires: Espacio Editorial.

Chaves, Mariana y Segura, Ramiro (2015): *Hacerse un lugar: circuitos y trayectorias juveniles en ámbitos urbanos*, Buenos Aires: Biblios.

Contreras, Yasna (2011): “La recuperación urbana y residencial del centro de Santiago: Nuevos habitantes, cambios socioespaciales significativos”, en: *Revista EURE*, 37, 112, 89-113.

Convivialist Manifesto (2014): *A declaration of interdependence* (Global Dialogues 3).

Cravino, María Cristina (2017): “La discriminación construida. El muro entre los municipios de San Fernando y San Isidro en la disputa por el espacio público”, en: Cravino, María Cristina (Comp.) *Detrás de los conflictos. Estudios sobre desigualdad urbana en la Región Metropolitana de Buenos Aires*, Los Polvorines: Ediciones UNGS.

Cuenya, Beatriz (2018): “Consensos y puntos de debate en torno a los conceptos de segregación y fragmentación urbanas”, en: *Revista Iberoamericana de Urbanismo*, 18, 1-4.

Cueto, Carla del (2007): *Los únicos privilegiados. Estrategias educativas de familias residentes en countries y barrios cerrados*, Buenos Aires: Prometeo/ UNGS.

Cunha, Olivia Maria Gomes da (2001): “Bonde do mal: notas sobre territórios, cor, violência e juventude numa favela do subúrbio Carioca”, en: Maggie, Yvonne e Rezende, Claudia (Org.) *Raça como Retórica. A construção da diferença*, Rio de Janeiro: Civilização brasileira, 83-153.

Delgadillo, Víctor Manuel (2008): “Repoblamiento y recuperación del Centro Histórico de la ciudad de México, una acción pública híbrida, 2001-2006”, en: *Economía, Sociedad y Territorio*, 3, 28, 817-845.

Delgado, Manuel (2007): *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*, Barcelona: Anagrama.

Donovan, Michael (2004): “La guerra por el espacio en Bogotá: la ‘recuperación’ del espacio público y su impacto sobre los vendedores ambulantes”, en: *Territorios*, 12, julio, 109-146.

Duhau, Emilio (2013): “La división social del espacio metropolitano. Una propuesta de análisis”, en: *Nueva Sociedad*, 243, 79-91.

Duhau, Emilio y Giglia, Ángela (2004): “Conflictos por el espacio y orden urbano”, en: *Estudios Demográficos y Urbanos*, 56, 257-288.

— (2008): *Las reglas del desorden. Habitar la metrópoli*, México: Siglo XXI. Duneier, Mitchell (1999): *Sidewalk*, New York: Farrar, Strauss and Giroux.

Elguezabal, Eleonora (2018): *Fronteras urbanas. Los mundos sociales de las torres de Buenos Aires*, Buenos Aires: Café de las Ciudades.

Fragoso Lugo, Perla (2017): “Más allá del paraíso caribeño: males-tares sociales y violencias en la vida de las juventudes en Cancún”, en: *Pueblos y fronteras*, 11, 22, 68-99.

Freire-Medeiros, Bianca y O’Donnell, Julia (2018): *Urban Latin America. Images, Words, Flows and the Built Environment*, London and New York: Routledge.

Garcés, Alejandro (2015): *Migración peruana en Santiago. Prácticas, espacios y economías*, Santiago de Chile: RIL editores.

García, Marina Luz (2008): “El trabajo doméstico en las urbanizaciones privadas”, in: Kessler, Gabriel; Maristella Svampa e Inés González Bombal (Coord.) *Reconfiguraciones del mundo popular. El Conurbano Bonaerense en la postconvertibilidad*, Buenos Aires: Prometeo / UNGS.

Gentile, María Florencia (2008): “Ser niña o niño y ‘estar’ en la calle. Género y sociabilidad”, en: Pojomovsky, Julieta (Dir.) *Cruzar la calle. TOMO 2: Vínculo con las instituciones y relaciones de género en niños, niñas y adolescentes en situación de calle*, Buenos Aires: Espacio, 153-174.

— (2011): “Niños, ciudadanos y compañeritos: un recorrido por los distintos criterios para el trabajo de inclusión social de niños y adolescentes de sectores vulnerables”, en: Cosse, Isabela, Valeria Llobet, Carla Villalta y Carolina Zapiola (Comps.) *Infancias: políticas y saberes en Argentina y Brasil (siglos XIX y XX)*, Buenos Aires: Editorial Teseo, 265-286.

Gilroy, Paul (2004): *After Empire. Melancholia or Convivial Cultures*, London/New York: Routledge.

Glebbeek, Marie-Louise y Koonings, Kees (2016): “Between *Morro* and *Asfalto*. Violence, insecurity and socio-spatial segregation in Latin American cities”, en: *Habitat International*, 54, 1, 3-9.

Goffman, Erving (1974): *Relaciones en público. Microestudios de orden público*, Madrid: Alianza.

Gorban, Débora (2014): *Las tramas del cartón. Trabajo y familia en los sectores populares del Gran Buenos Aires*, Buenos Aires: Editorial Gorla.

Gorelik, Adrián (2004): *Miradas sobre Buenos Aires*, Buenos Aires: Siglo XXI.

— (2005): “A produção da cidade latino-americana”, en: *Tempo Social, revista de sociologia da USP*, 17, 1, 111-133.

— (2008): “El romance del espacio público”, en: *Alteridades*, 18, 36, 33-45.

— (2016): “Buenos Aires. La ciudad y la villa”, en: Gorelik, Adrián y Peixoto, Fernanda (Comp.) *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 325-345.

Gorelik, Adrián y Peixoto, Fernanda (2016): *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Gregori, María Filomena (2000): *Viração: experiências de meninos nas ruas, Sao Pablo*: Companhia das Letras.

Grimson, Alejandro (1999): *Relatos de la diferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires*, Buenos Aires: Eudeba.

— (2009): “Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires”, en: Grimson, Alejandro, Cecilia Ferraudi Curto y Ramiro Segura (Comp.) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Buenos Aires: Prometeo, 11-38.

Grimson, Alejandro y Segura, Ramiro (2016): “Space, Urban Borders and Political Imagination in Buenos Aires”, en: *Latin American & Caribbean Ethnic Studies*, 11, 1, 25-45.

Hannerz, Ulf (1986): *La exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*, Buenos Aires: FCE.

Harvey, David (1998): *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu editores.

Hernández Espinosa, Rafael (2015): “De identidades, espacios y miradas. Contribuciones para una fenomenología de la desigualdad

social en el espacio urbano”, en: *Estudios Demográficos y Urbanos*, 1, 88, 77-102.

— (2017): “Visualidad, urbanidad y consumo: producción micro-social del espacio en dos centros comerciales de la Ciudad de México”, en: *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 7, 2, 55-70.

Holston, James (2009): “Insurgent Citizenship in an Era of Global Urban Peripheries”, en: *City & Society*, 21, 2, 245-267.

Huffschnid, Anne (2012): “Los riesgos de la memoria. Lugares y conflictos de memoria en el espacio público”, en: Huffschnid, Anne and Valeria Durán (Eds.) *Topografías conflictivas: memorias, espacios y ciudades en disputa*, Buenos Aires: DAAD/Nueva Trilce.

Illich, Ivan (1973): *Tools for Conviviality*, New York: Harper & Row.

Imilan, Walter (2014): “Restaurantes peruanos en Santiago de Chile: construcción de un paisaje de la migración”, en: *Revista de Estudios Sociales*, 48, 15-28.

Jacobs, Jane (1973): *Muerte y vida en las grandes ciudades*, Madrid: Ediciones Península.

Janoschka, Michael (2002): “El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización”, en: *Revista EURE*, 26, 85, 11-29.

Janoschka, Michael y Sequera, Jorge (2014): “Procesos de gentrificación y desplazamiento en América Latina, una perspectiva comparativista”, en: Michelini, Juan José (Ed.). *Desafíos metropolitanos. Un diálogo entre Europa y América Latina*, Madrid, Catarata, 82-104.

Jirón, Paola y Mansilla, Pablo (2013): “Atravesando la espesura de la ciudad: vida cotidiana y barreras de accesibilidad de los

habitantes de la periferia urbana de Santiago de Chile”, en: *Revista de Geografía Norte Grande*, 56, 53-74.

Kessler, Gabriel (2009): *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Kozak, Daniel (2018): “Revisitando el debate sobre la Fragmentación Urbana. Una década y media después de Splintering Urbanism”, en: *Revista Iberoamericana de Urbanismo*, 18, 15-22.

Lefebvre, Henri [1974] (2013) *La producción del espacio*, Madrid: Capitán Swing.

Leite, Márcia y Machado da Silva, Luiz Antonio (2013): “Circulação e fronteiras no Rio de Janeiro: a experiência urbana de jovens moradores de favelas em contexto de ‘pacificação’”, en: Vieira da Cunha, Neiva y Gabriel de Santis Feltran (Orgs.) *Sobre periferias. Novos conflitos no Brasil contemporâneo*, Rio de Janeiro: Lamparina Editora/ Faperj, 146-158.

López-Calva, Luis y Lustig, Nora (2011): *La disminución de la desigualdad en la América Latina ¿Un decenio de progreso?*, México: Fondo de Cultura Económico.

Magnani, José Guilherme (2002): “De perto e de dentro: notas para uma etnografia urbana”, en: *Revista brasileira de ciencias sociais*, 17, 49, 11-29.

— (2005): “Os circuitos dos jovens urbanos”, en: *Tempo Social, revista de sociologia da USP*, 17, 2, 173-205.

Margulis, Mario (1998): “La ‘racialización’ de las relaciones de clase”, en: Margulis, Mario, Marcelo Urresti y otros, *La Segregación Negada. Cultura y Discriminación Social*, Buenos Aires: Biblos.

Maria Sibylla Merian International Centre for Advanced Studies in the Humanities and Social Sciences Conviviality-Inequality

in Latin America (2017): “Conviviality in Unequal Societies: Perspectives from Latin America. Thematic Scope and Research Programme”, *Mecila Working Paper Series*, No. 1, São Paulo: Maria Sybilla Merian Centre Latin America.

Mattos, Carlos de (2010): “Globalización y metamorfosis metropolitana en América Latina. De la ciudad a lo urbano generalizado”, en: *Revista de Geografía Norte Grande*, 47, 81-104.

Merklen, Denis (2005): *Pobres Ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Buenos Aires: Editorial Gorla.

— (2005): *Pobres Ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Buenos Aires: Editorial Gorla.

Morse, Richard [1982] (2005) “Ciudades periféricas como arenas culturales”, en: *Bifurcaciones*, 3, 1-17.

Ozlak, Oscar (1991): *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*, Buenos Aires: CEDES.

Pardue, Derek y Oliveira, Lucas Amaral de (2018): “City as mobility: a contribution of brazilian sarasus to urban theory”, en: *Vibrant*, 15, 1.

Peirano, Mariza (2007): “Antropología sin culpa: una visión desde Brasil”, en: Degregori, Carlos Iván y Pablo Sandoval (Comps.) *Saberes periféricos. Ensayos sobre la antropología latinoamericana*, Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 227- 247.

Peixoto, Fernanda y Gorelik, Adrián (2016): “Introducción. Cultura y perspectiva urbana”, en: Gorelik, Adrián y Peixoto, Fernanda (Comps.) *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 11-19.

Perelman, Mariano y Boy, Martin (2010): “Cartoneros en Buenos Aires: nuevas modalidades de encuentro”, en: *Revista Mexicana de Sociología*, 72, 3, 393- 418.

Pérez, Miguel; Salcedo, Rodrigo; and Cáceres, Gonzalo (2012): “Apropiación y control social en un centro comercial de Santiago: prácticas socioespaciales y significaciones adolescentes”, en: *Revista EURE*, 38, 113, 53-75.

Perlman, Janice (2010): *Favela: four decades of living on the edge in Rio de Janeiro*, New York: Oxford University Press.

Pinedo, Jerónimo (Dir.) (2017): *Discriminación y racismo en La Plata*, Buenos Aires: INADI.

Prévot-Schapira, Marie-France (2001): “Fragmentación espacial y social. Conceptos y realidades”, en: *Perfiles Latinoamericanos*, 19, 33-56.

Prévot-Schapira, Marie-France y Cattaneo, Rodrigo Pineda (2008): “Buenos Aires. La fragmentación en los intersticios de una sociedad polarizada”, en: *Revista EURE*, 34,103, 73-92.

Rabotnikof, Nora (1997): *El espacio público y la democracia moderna*, México: Instituto Federal Electoral.

Rama, Ángel (1984): *La ciudad letrada*, Hanover: Ed. Del Norte.

Ribeiro Raposo, Otávio (2016): “Cartografia da dança. Segregação e estilos de vida nas margens da cidade”, en: *MANA*, 22, 3, 765-797.

Rivero Sierra, Fluvio (2011): “Formas tangibles e intangibles de discriminación. Aportes para un formalización teórico conceptual”, en: Pizarro, Cynthia (Comp.) *Migraciones contemporáneas internacionales. Estudios para el debate*, Buenos Aires: Ediciones Ciccus.

Roberts, Bryan (2011): “The Consolidation of the Latin American City and the Undermining of Social Cohesion”, en: *City & Community*, 10, 4, 414-423.

Robinson, Jennifer (2011): “Cities in a World of Cities: The Comparative Gesture”, en: *International Journal of Urban and Regional Research*, 35, 1, 1-23.

Rodrigo, Federico (2018): Género y nacionalidad en la cotidianidad de la política. Migrantes bolivianas en un movimiento piquetero de la ciudad de La Plata, Buenos Aires: Miño y Dávila.

Rodríguez, Jorge y Arriagada, Camilo (2004): “La segregación residencial en la ciudad latinoamericana”, en: *Revista EURE*, 29, 89, 5-24.

Rodríguez, María Carla y Di Virgilio, María Mercedes (2016): “A city for all? Public policy and resistance to gentrification in the southern neighborhoods of Buenos Aires”, en: *Urban Geography*, 37, 1215-1234.

Romero, José Luis [1976] (2008): *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Sabatini, Francisco; Cáceres, Gonzalo y Cerdá, Jorge (2001): “La segregación residencial en las principales ciudades chilenas”, en: *Revista EURE*, 27, 82, 21-42.

Salcedo, Andrés (2015): *Víctimas y trasegares: forjadores de ciudad en Colombia 2002-2005*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Salcedo, María Teresa (2017): “Escritura y territorialidad en la cultura de la calle”, en: Restrepo, Eduardo, Axel Rojas y Marta Saade (Eds.) *Antropología hecha en Colombia II*, Bogotá: Editorial de la Universidad del Cauca.

Saraví, Gonzalo (2015): *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*, México: Flacso - Ciesas.

Sarlo, Beatriz (2009): *La ciudad vista*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Schteingart, Martha (2001): “La división social del espacio en las ciudades”, en: *Perfiles Latinoamericanos*, 19, 13-31.

Segura, Ramiro (2015): *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*, Buenos Aires: UNSAM Edita.

— (2017): “Desacoples entre desigualdades sociales, distribución del ingreso y patrones de urbanización en ciudades latinoamericanas. Reflexiones a partir de la Región Metropolitana de Buenos Aires (RMBA)”, en: *Revista CS*, 21, 15-39.

— (2018a): “The Urban Space and the (Re)production of Social Inequalities: Decoupling Income Distribution and Patterns of Urbanization in Latin American Cities”, en: Jelin, Elizabeth, Renata Campos Motta and Sergio Costa (Eds.) *Global Entangled Inequalities. Conceptual Debates and Evidence from Latin America*, New York: Routledge.

Segura, Ramiro (2018b): “La ciudad de los senderos que se bifurcan (y se entrelazan): centralidades conflictivas y circuitos segregados en una ciudad intermedia de la Argentina”, en: *Universitas Humanística*, 85, 155-181.

Simmel, Georg (1986): “El espacio y la sociedad”, in *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, Madrid: Alianza Editorial.

Soldano, Daniela (2013): “Confinamiento, movilidad e intercambio. Una investigación sobre las condiciones y los modos de vida en la periferia del Gran Buenos Aires”, en: Carman, María, Neiva Vieira da Cunha y Ramiro Segura (Coord.) *Segregación y diferencia en la ciudad*, Quito: FLACSO/CLACSO.

Stefoni, Carolina (2013): “Formación de un enclave transnacional en la ciudad de Santiago de Chile”, en: *Migraciones Internacionales*, 7, 1, 2013, 161-187.

Stillerman, Joel y Salcedo, Rodrigo (2012): “Transposing the Urban to the Mall: Routes, Relationships, and Resistance in Two Santiago, Chile, Shopping Centers”, en: *Journal of Contemporary Ethnography*, 41, 3, 309-336.

Svampa, Maristella (2001): *Los que ganaron. La vida en los countries y en los barrios privados*, Buenos Aires: Biblos.

— (2004): *La brecha urbana. Countries y barrios privados*, Buenos Aires: Capital Intelectual.

Torres, Francisco (2008): “Los nuevos vecinos en la plaza. Inmigrantes, espacios y sociabilidad pública”, en: *AIBR. Revista Iberoamericana de Antropología*, 3, 3, 366-397.

Weller, Wivian (2004): “O Hip-Hop como possibilidade de inclusão e de enfrentamento da discriminação e da segregação na periferia da São Paulo”, en: *Cuaderno CHR*, 17, 40, 103-116.

— (2011): *Minha voz é tudo o que eu tenho. Manifestações juvenis em Berlim e São Paulo*, Belo Horizonte: Editora UFMG.

Wilkis, Ariel (2006): “Un análisis del circuito de donación surgido a partir de las ‘publicaciones de la calle’ en la ciudad de Buenos Aires”, en: *Avá*, 9, 108- 131.